

La Ilustración Artística

AÑO XXIX

BARCELONA 24 DE ENERO DE 1910

NÚM. 1.465



RETRATO PINTADO POR REMBRANDT.

cuadro existente en el Museo de Arte Metropolitano de Nueva York



Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El prestidigitador*, cuento de P. Gómez Candela. — *En los Alpes*. — *Las elecciones actuales en Inglaterra*. — *Incendio del Palacio Real de Atenas*. — *El aviador Glen Curtiss*. — *La obra de la Paz en el Rif*. — *El Dr. D. Enrique Herrera y Ducloux*. — *El cometa de Halley*. — *Problema de ajedrez*. — *El fantasma de la Opera*, novela ilustrada (continuación). — *Las riquezas naturales del Panamá*. — *Exposición Universal del Centenario de la independencia argentina*, bajo el patrocinio de la Liga de almaceneros y anexos.

Grabados.—*Retrato pintado por Rembrandt*. — Dibujo de Calderé que ilustra el cuento *El prestidigitador*. — *Retrato de la Sra. B.*, pintado por Walter Patersen. — *Aves de presa*, cuadro de Carlos Huch. — *En los Alpes. Escenas y paisajes de invierno*, lámina compuesta de cuatro fotografías. — *Las elecciones actuales en Inglaterra. Aspecto de una calle de Londres el primer día de la elección*. — *El aviador Green Curtiss*. — *Atenas. Incendio del Palacio Real*. — *Obras del puerto de Chafarinas*. — *Grúa que funciona en las obras de dicho puerto*. — *Lavadero de las minas francesas frente a Cabo Moreno*. — *El Tiempo. El automóvil. El Carnaval*, techos pintados por D. Vicente Gutanda. — *Hojas secas*, cuadro de José M.^a Tamburini. — *Flores de Almendra*, cuadro de Juan Brull. — *Dr. D. Enrique Herrera y Ducloux*. — *M. Baillan, director del Observatorio de París*. — *Busto del monumento que ha de erigirse en Monte Carlo a la memoria del príncipe Carlos III*, obra de los escultores Maubert y Robert. — *D. José Domingo Obaldía*. — *Sección del muelle de la ciudad de Panamá*. — *La plaza de David*. — *El nuevo edificio del gobierno en David*. — *La hacienda del presidente Obaldía en David*. — *Atravesando las savanas de la provincia de Chiriquí*. — *Antigua aserradora hidráulica en la provincia de Chiriquí*. — *Cartel de la Exposición Universal del Centenario de la independencia argentina*, bajo el patrocinio de la Liga de almaceneros y anexos.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lectoras—alguna vez ha de ser á vosotras á quienes especialmente me dirija,— lectoras amables, ¿habéis organizado funciones de Beneficencia en vuestra vida?

Ante todo, rectifiquemos: la que estamos organizando unas cuantas señoras de Madrid no es función benéfica, no es cosa de caridad; lo que se hace en honor de los héroes no es ni aun filantropía, sino patriotismo; y si fuese caridad, sería esa caridad bien ordenada que empieza por nosotros mismos, que á todos nos hace provecho. Bueno es que hayamos trabajado por los «damnificados» (¿qué palabra más cursi!) de Melilla; pero infinitamente mejor, en mi opinión, que nos molestemos por el Cabo Noyal.

Sobre la hazaña de este humilde héroe escribió Mariano de Cavia un artículo muy sentido, comparándola á la del famoso caballero de Assas, cuyo nombre es en Francia venerado, y suponiendo ó temiendo que en España no hubiese para el Cabo recuerdo inmarcesible.

Y ante este temor, algunas señoras nos propusimos elevar al Cabo un hermoso monumento; porque si las proezas no se conmemoran visiblemente, la memoria del pueblo no las archiva, sin que en esto haya mala intención ó culpa, sino un efecto natural del tiempo y del rodar de los sucesos, que todo lo borra. Como la religión, el heroísmo necesita entrar por los sentidos (digan lo que quieran los racionalistas sin alma artística), y al través de esas puertas, llegar á la conciencia. Decidimos, pues, que al héroe le eternice un monumento, y en sitio visible, y obra de ilustre escultor. Y sin tardanza, discutimos los medios de arbitrar dinero. Eramos las siguientes patriotas: la duquesa viuda de Bailén, que representa el nombre del general Castaños; la duquesa de Zaragoza, título del defensor de Zaragoza, el célebre Palafox; la marquesa de Squilache, la infatigable, la maga bajo cuya varita afluye el oro para todo lo bueno; las dos asturianas señora de Pidal y condesa de Peñalver; la esposa del general Marina, el que ha llevado la campaña de Melilla; y la última, aunque no en voluntad, quien firma estas crónicas. Y acordamos, por de pronto, una función en el Teatro Real.

* *

Es mi deber decir que, cuando intervinimos las señoras en esto de sacar á luz para los venideros el hecho del Cabo, ya el Ayuntamiento de la villa del Oso y del Madroño tenía acordado consagrar á este héroe uno de los doce bustos que se elevarán en la rotonda del Parque del Oeste, donde se alza un monumento á los repatriados de la guerra de Cuba, monumento no muy recomendable artísticamente. Los demás bustos de la docena creo que serán de los generales Pintos, Ibáñez Marín y Díaz Vicario, ¿póll el de la mano de aluminio y otros seguramen-

te muy valientes, de gloriosa memoria, pero cuya aureola no es tan brillante como la del Cabo. De éste decía no hace mucho cierto valiente que lleva la ejecutoria de su nobleza en la cara partida de horrible machetazo por los negros de Maceo: «Lo de Noyal es lo más grande que se ha hecho, no sólo en esta campaña, sino en muchas campañas, tal vez en un siglo.» Y en un país como España, á cuyos soldados sólo reprochaba un oficial alemán el «exceso de ardor», decir esto es decir que ni Leónidas ni Milciades tuvieron entre sus huestes quien venciese al pobrecillo mozo de Valdesoto, al aldeano astur...

Tiene de singular la hazaña del Cabo que no fué realizada entre el fragor de la lucha, en que el valor de todos estimula el de cada uno, en que se enciende la sangre por la pelea, en que retroceder es deshonrarse públicamente, en que casi por un efecto mecánico el cuerpo sigue á los demás cuerpos, y en que no defenderse es medio seguro de morir. No así el Cabo. Sorprendido por los moros de noche y á poca distancia del campamento, oyó que le ofrecían la vida si conducía al enemigo al campo español. Su voz había de inspirar confianza y los rifeños les cogieran descuidadas á nuestras tropas. Y el Cabo asintió. Se pusieron en marcha. La obscuridad era completa, la noche prestaba á la traición su sombra. Llegaron al campamento. El Cabo tenía que llamar, que decir palabras españolas, para que los españoles fuesen á mansalva sacrificados. Y ya cerca, con voz alta y fuerte, he aquí lo que gritó: «¡Tirad, compañeros, que vienen los moros!» Las primeras balas de la descarga cerrada fueron para él...

Yo no conozco nada más sublime. La vida entregada así es una estrofa de Simónides, porque hay en el hecho la alta serenidad antigua, ese sentido del desprecio de lo pasajero, que las edades heroicas practicaron. Los minutos que el Cabo anduvo rodeado de enemigos y resuelto á dar el grito admirable; esos minutos caminando hacia el ara, víctima voluntaria, sin temblor y sin vacilación, son los momentos en que una vida humana adquiere significación, da su esencia, supera á la materia y al barro que nos forma... Porque la naturaleza, cobarde, manda huir de la muerte, y al encuentro de ella iba el Cabo, sin que temblasen sus piernas ni desfalleciese su corazón. Inmolación tranquila, sencillez holocausto, ofrecido á la Patria como se ofrece un vaso de agua al caminante. Y las señoras hemos sentido en las entrañas el efecto de este episodio tremendo y hermosísimo, y en nuestra época en que se abusa de las palabras, el hecho nos abrumó con su grandeza silenciosa. Haríamos el monumento.

* *

Para cumplir el propósito, nos ponemos en campaña... Y repito mi pregunta: ¿sabéis lo que es organizar una función en el Teatro Real?

Ce n'est pas une sinécure, dirían nuestros amigos los franceses. Lo que sucede es que, en tales empeños, aparecen, cuando menos se piensa, auxiliares desinteresados; y por otra parte, hay en la labor cierto atractivo, el estímulo de la dificultad que vencer... Tiene algo de combate, algo de victoria al fin.

Empiezo por advertir que el terreno está espigado... La subscripción nacional ha producido muchos millones para heridos y reservistas. Población hubo donde á cada reservista le han tocado mil setecientas cincuenta pesetas, y nadie ignora los cuantiosos repartos de Madrid. Así es que la gente no se encuentra tan predispuesta como otras veces á pagar contribución... Lo cual realmente no se explica, porque si un duro puede representar una privación en determinados hogares, en otros, un billete de cien no quita ni pone para la vida habitual. No son los más ricos los más dádicosos. En nada hay más sorpresas que en esto del dar. El que cinco minutos antes desarrollaba teorías muy acertadas sobre la conveniencia de ciertas iniciativas, cambia de gesto y de actitud y se envuelve en una capa de hielo cuando le decís que la iniciativa está en marcha y le pedís su concurso en forma tangible... Vierais entonces los rostros serios, el mirar distraído, las medias vueltas á la derecha, las observaciones agríndulas, la cantilena de «tantas cosas», hoy la Beneficencia domiciliaria, mañana los inundados, pasado los terremotos, al otro día los Asilos, y la función de Iglesia, y la gota de leche... Y no hay que hacer caso. Es preciso, cuando se trabaja para algo bueno, acorazarse contra los egoísmos y las tacañerías, á veces involuntarias é inconscientes. Existe profundo desequilibrio en los gastos y en los ahorros. Se repara en una peseta y se tiran galanamente, cuando el capricho lo dicta, mil. Esto es humano. Demasiado humano, diría Nietzsche.

Por encima de tales menudencias, ello es que, apenas anunciada la función, empieza el público á arre-

batar los billetes de manos de la marquesa de Squilache. Y los piden con recomendaciones, y hay enojos y quejas por falta de palcos. Mil palcos se venderían. Las de la Junta nos quedaremos sin palco, es lo probable. Llenos así quisieran las empresas...

Colocar, no es arduo. Pero sí lo es el arreglar ciertos detalles. Nos complica la tarea el ser cinco ó seis las compañías que tomarán parte en la función. Cuando es una compañía sola todo va sobre ruedas, como ha sucedido en la Princesa, donde recientemente se dieron algunos beneficios. María y Fernando lo arreglan, sin la menor preocupación del orden material para las señoras de la Junta.

Generosos y complacientes todos los actores y empresas, se han prestado gustosísimos á nuestro plan. Forma parte del programa la zarzuela *Gigantes y cabezudos*, para la cual encontrábamos un obstáculo: decoraciones, cabezudos y gigantes, todo ardió en el rápido y devorador incendio del popular teatro de la Zarzuela, ocurrido como nadie ignora á principios de temporada... Y aquí de los apuros, aquí de las combinaciones imposibles. Necesitábase sobre todo la decoración del puente sobre el Ebro, porque no era factible que el coro de repatriados saliese cantando «aquí la Seo y allí el Pilar» señalando hacia un telón que representase el puente de *Dinorah* ó de *Sonámbula*... Estoy convencida, porque me lo ha enseñado la experiencia, de que en estos casos de extremo apuro el remedio viene él solo, la solución llueve del cielo como las perdices asadas en Jauja. Lo he comprobado repetidamente, que las personas de buena voluntad surgen donde menos se las espera.

Hemos encontrado á un caballero, el Sr. Reynot, dispuesto, espontáneamente, no sólo á adquirir por su cuenta los innumerables metros de tela para la indispensable decoración, sino á gestionar con el escenógrafo Muriel que nos la pintase gratis... Y ya tenemos puente, ya tenemos Seo y Pilar, ya tenemos la obra típica...

* *

Pero así como se encuentran inesperados auxiliares, saltan complicaciones imposibles de prever ni de sospechar. Cuando entramos en un teatro y nos sentamos en la localidad que nos pertenece, para gozar del espectáculo, no adivinamos lo que ha precedido á ese momento en que el telón se alza y resuena la voz del actor. Y sin embargo, ¡qué trabajo arduo, qué infinita filigrana representa este hecho natural de que un telón se alce! Para esta función, con haber encontrado tan favorables elementos, hubo horas de angustia, de descorazonamiento, de incertidumbre ante lo menudo, que es siempre lo ingente, como el montón de arena...

¿Quién se figurará, por ejemplo, que en el Teatro Real sea un problema el vestirse los actores, por escasez de *camerinos*? ¿Quién supondrá que el imprimir un programa represente un problema, no sabiéndose de cierto el reparto hasta pocas horas antes de la función? ¿Quién adivinará la maraña del envío de localidades, solicitadas, sin embargo, con tanto empeño? El uno tiene la fila 10 y pide la 12; al otro se le han enviado butacas, y es un abonado antiguo á palco, y se disgusta si no lo recibe; aquél desearía estar en el callejón y al extremo, y casualmente se le ha enviado centro... Minucias; lo infinitesimal. He aquí el reverso de todo tapiz... Es lo eternamente humano, lo que casi no debiera ni consignarse, puesto que, al cabo, no influye decisivamente en el resultado de las cosas...

La función estará brillante; todo Madrid concurrirá á ella, y se sacará una bonita suma para que sirva de base al monumento. Y esto nos basta, después de la campaña mundana entre sonrisas y palabras de cortesía, pequeños secretos de salón y escaramuzas taza de te en mano. ¡Ah! De esto estamos seguras; el día que nos ha concedido la empresa del Real es excelente; sábado, sin que haya en él ninguna fiesta mundana, sino un te en la Embajada de Italia, que acaso se aplazará; víspera del santo del rey, víspera de día de fiesta... Como una seda todo. Las tropas que se esperan, que regresan de Melilla, habrán entrado dos ó tres días antes, lo cual acentuará el relieve de la función patriótica... Y empezamos á mirar con tranquilidad el porvenir...

De pronto... ¡Dios nos valga! Notición... Las tropas no entran ya dos ó tres días antes; las tropas entran... el mismo día, casi á la misma hora en que ha de celebrarse la función patriótica, que ni podemos retrasar ni adelantar. Nos quedamos como estatuas...

Y he aquí uno de esos tropiezos imposibles de prever, de los cuales hablaba antes...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



—¿Me hace usted el favor de darme un duro?

EL PRESTIDIGITADOR

CUENTO DE P. GÓMEZ CANDELA

Dibujo de Calderé

Acababan de cenar alegremente, pero sin más exceso ni derroche que el de la alegría que produce el verse reunidos tres camaradas de la infancia y de la juventud, el marquesito del Álamo; Pepe Lanzas, capitán de caballería, y Luis Aldama, abogado muy conocido y de excelente fama.

El marqués había regresado recientemente de un largo viaje á aquella capital del Norte, donde poseía una hermosa finca y donde residían, el militar, de guarnición, y el letrado, como vecino que no abandonaría jamás el lugar de sus triunfos.

El noble preguntaba por unos y otros amigos y condiscípulos á sus compañeros, y así, trayendo á la memoria recuerdos de la vida de estudiante, con ser todavía mozos, parecían remozarse más.

Aun cuando más tarde siguieron cada uno de los tres distinta carrera, habíanse todos ellos conocido cursando el grado de bachiller, y por cierto que en aquella época terminábase, para buen provecho del escolar y fructificación del estudio, cuando ya estaba bastante lejos la adolescencia.

Después de pasarse revista á numerosos condiscípulos de los que la mayoría ó habían muerto ó nada se sabía de ellos, el marqués preguntó:

—Hombre, ¿y de Amando Ruiz, sabéis algo?

—Amando... Amando... No recuerdo..., decía el capitán.

—Pues yo sí, agregó el abogado; he leído que acaba de casarse con una millonaria yanqui, en Londres; su boda ha sido fastuosa...

—En Londres he estado y no me he enterado de nada, dijo el del Álamo.

—No es extraño; esto ha sido después de salir tú de Londres para Francia y Suiza.

—¿Conque con una millonaria?

—Sí, chico; y bien lo merecía, porque ya sabes que era listo; pero, sin embargo de esto, ¡el pobre pasaba unos apuros!..

—Exacto.

—Yo continuo sin recordar..., decía haciendo un gesto el militar.

—Pues tú le conocías como nosotros. Si te recordase alguna de *las tuyas*, verías cómo te acordabas. Y volviéndose Aldama al marqués le preguntó:

—¿Recuerdas la que le hizo al jugador de manos?

—¡Ya lo creo!

—Verás, Pepe, dijo el letrado á su amigo el capi-

tán, cómo te acuerdas en cuanto te refiera el caso.

—Venga ya, sí, sí, exclamaron Lanzas y el marqués.

Aldama apuró de un sorbo la taza del café, de un solo trago una copa de cognac y de una chupada gigantesca medio habano. La historia empezó.

«Estudiábamos en Cádiz, pero aún no empezado el verano y pronto aún para que nuestras familias se destacasen á las playas del Norte, al extranjero ó sencillamente á sus quintas de Puerta de Tierra, permanecíamos allí, en plenas vacaciones estivales, cuando en combinación con una modesta compañía dramática se anunció un prestidigitador que venía precedido de gran fama. En efecto, era el renombrado, el incomparable Hartmann Lenys, el mágico y maravilloso prestidigitador inglés, el auténtico brujo que una noche había hecho que todos los espectadores reunidos en la Sala Lord Byron, de Londres, sufrieran en sus relojes de bolsillo un retraso de dos horas.»

Los oyentes de Aldama se echaron á reír, pero el abogado siguió imperturbable añadiendo:

«Así á lo menos se contaba.

»Pues bien: después de una serie de representaciones, que confirmaron la buena fama del excelente prestimano, preparó éste su beneficio.

»Nosotros, con López, Rodolfo y otros mayores en edad, entrábamos y salíamos por todas partes en el teatro; por algo éramos abonados, y sabido es que esto en algunos teatros parece que da derecho hasta á descender al foso y subir á los telares. Nos hicimos amigos de Hartmann, y para darnos tono ante las niñas elegantes, nos le disputábamos en el café, en el paseo y á la puerta del teatro, en cuyo aguadujo se atracaba á nuestra costa de cerveza, sin perder nunca su correcta serenidad.

»Amando, el pobre, mientras tanto, de bastante más modesta posición que nosotros, no podía estar abonado; y sin embargo, se las arregló de modo que, como redactor de *El Faro de Cádiz*, todas las noches tenía su butaca, mejor que la nuestra, y elegantemente vestido, á primera vista, reuníase y alternaba con nosotros, y por consiguiente, con Hartmann. Por supuesto, sin pagar nunca.

»Amando había jugado una mala pasada á Celso, el hijo de Felipe, el rico cosechero de Jerez; le había quitado la novia, la niña de los de Lois, el acauda-

lado banquero, y eso no se lo perdonaba Celso á su ex amigo.

»En combinación con otros muchachos y con...

—Conmigo y contigo, añadió el marqués.

«Exacto, prosiguió el abogado; se pidió á Hartmann un pequeño favor: que si necesitaba para algún juego pedir alguna moneda de cierto valor (Amando no las llevaba, seguramente, de más de una peseta) que se las pidiera al rival de Celso. La niña de Lois estaría en su palco, todo el teatro tendría fijos sus ojos en Amando..., el ridículo de éste sería espantoso.

»Hartmann, ó no adivinó la trascendencia de la broma, ó le valía algo acceder á ella, ó como ya sólo le quedaban dos funciones por dar y el *periodista* le había censurado una vez en *El Faro*, convino en el asunto.

»Llegó la hora; el teatro estaba espléndido: lo mejor de Cádiz en palcos y plateas; en el suyo la familia Lois y la novia de Amando, éste en su butaca sin perder un movimiento de su novia, ella sin quitarle la vista de encima, aunque disimulando. La sala deslumbrante de luz, embalsamada de tibios aromas y exornada por la belleza, la juventud y la elegancia.

»El prestidigitador, saludado por los aplausos, salió al proscenio. Se hizo el silencio y ejecutó con su maestría de siempre varios juegos. En el escamoteo era realmente admirable, maravilloso.

»Hartmann reanudó su charla preparando uno nuevo, bajó por una vez más la escalerilla que desde el tablado conducía á las butacas; no se oía á nadie más que á él, hasta el crujir de los abanicos de las damas había cesado.

»Hartmann se dirigió como sin fijarse, casi dudando á quién dirigirse, á Amando.

—¿Me hace usted el favor de darme un duro?, le dijo sonriendo y alargando su mano abierta.

»El joven no se inmutó. Ni el más próximo y avisado espectador hubiera observado la menor contracción de los músculos de su cara sagaz y picaresca. La niña de Lois concentró en él sus miradas á través del cristal de los gemelos.

»Amando se echó hacia atrás en la butaca, metió dos dedos en el bolsillo de su chaleco blanco; en el silencio general pareció hasta que sonaban duros, y alargando rápidamente la mano sobre la abierta palma de la del prestidigitador, dijo de manera que todos pudimos oír y con voz firme y serena:

—Con mucho gusto, Mr. Hartmann; tome usted.

»El jugador de manos miró la suya vacía.

—No hay nada..., no me ha dado usted nada..., mire...

»Y soplabla la palma de su diestra.

»El espectador que estaba inmediato á Amando á su derecha, y que mal podía estar de acuerdo con éste, se puso en pie y principió á aplaudir frenéticamente. El de la izquierda hizo lo propio. Un aplauso nervioso, frenético, unánime brotó de toda la inmensa sala. Todos, sin duda, habían visto relucir el duro fantástico de Amando, como lo habían visto los dos espectadores próximos á él. Hartmann era el primer escamoteador del mundo.

»El prestimano negó que se le hubiera dado la moneda, pero el público se reía de su seriedad que parecía muy cómica y le hacía callar á fuerza de ¡bravos!

»Hartmann se resignó: más valía que aquello viniese á acrecer su fama que no á tener una cuestión con Amando.

»Terminó sus juegos; cuando los aplausos fueron más débiles, al levantarse por última vez el telón y el público ya de pie se disponía á marchar, Amando se acercó al proscenio y gritó á Hartmann:

—¡Eh! Mi duro; supongo que no llegará la broma hasta no devolvérmelo; dígame si le hace falta y se lo regalo...

»Hartmann sacó de su bolsillo un duro y se lo arrojó á Amando.

»Este y la de Lois debieron sonreír, el prestimano sentirse vencido por otro más diestro que él en estos juegos y Celso y sus amigos chasqueados.»

—¿De modo, dijo al llegar aquí el capitán, que el mocito quedó bien?; no llevaba un cuarto, y por sangre fría ó cinismo quedó perfectamente y se llevó un duro.

—Justo, pero no fué el cinismo, añadió el abogado; fué la serenidad: es el arma que vence siempre contra todas las asechanzas y las malas acciones que nos preparan los demás.

—Yo no podía acordarme, porque siempre creí que aquel señor había, en efecto, dado su moneda.

—Pues no había sido así, y ahora calcula si un hombre como Amando no merecía casarse con la niña de Lois.

—¡Claro que sí!

—Pues no, señor; merecía unirse con otra mil veces más rica, con la que se ha casado, con la archimillonaria yanqui.

Y una carcajada general en prueba de asentimiento acogió las últimas palabras del letrado.

camino entre la masa de nieve helada para poder atender á sus necesidades más perentorias. Pero además de esta tristeza y de este aislamiento pesa sobre

Los aludes se producen en invierno por el viento y también por un gran frío; en la primavera, por el deshielo. La menor agitación del aire puede asimismo determinarlos; de aquí que los guías recomienden á los turistas un silencio absoluto, y que se quiten á las caballerías las campanillas y los casaca- beles cuando hay que pasar por un sitio peligroso. En algunas ocasiones, por el contrario, se procura facilitar el desprendimiento de aquellas masas con disparos de fusil hechos desde lugar seguro; de esta manera puede luego avanzarse sin temor.

El peligro de los aludes, sin embargo, no es siempre inevitable; en efecto, aparte de que los hosques son á menudo suficientes para contener la marcha de los mismos, anúncianse en los montes y en los valles por temblores y ruidos parecidos á los del trueno, lo cual permite á las gentes ponerse oportunamente en salvo. Esto no obstante, son varios los casos en que los aludes han causado verdaderas catástrofes, sepultando aldeas enteras con sus habitantes.

Los Alpes han ejercido en todo tiempo la mayor atracción sobre los turistas, que han entonado en su loor himnos tan hermosos como el discurso hace años pronunciado por el célebre alpinista Adolfo Joanne en la apertura del Congreso internacional de los Clubs alpinos. «La montaña—decía—no revela sus verdaderas bellezas más que á aquellos de sus admiradores que saben conquistarla; las pasiones que inspira nunca se ven saciadas, pues cuanto más en ella se asciende tanto más en ella se goza, tanto más vivo é irresistible es el deseo, ¡qué deseo!, la necesidad que se siente de proseguir la ascensión. Así, ¡cuántas emociones reserva á sus vencedores! La alegre impaciencia de la partida, el aire tan fresco y tan fortificante de la mañana, el feliz nacimiento de un hermoso día, los embriagadores aromas del bosque y del prado, el bienestar de un moderado ejercicio, la esperanza del triunfo, la dicha de sentirse lleno de ardor y de fuerza, independiente de los hombres y de las cosas de este bajo mundo, la pureza de la atmósfera, la total huída de las nubes ó de los vapores que amenazaban empañarla, la variedad infinita de los paisajes, la rigidez de las paredes rocosas, el paso por encima de las grietas tan profundas y tan azules, el aspecto alarmante de los paisajes difíciles, los últimos esfuerzos de la lucha, la recompensa de la victoria, los esplendores del panorama, el solemne silencio de las grandes alturas, el olvido casi instantáneo de la fatiga; la elevación del alma hacia el infinito por encima de la tierra y de la humanidad; todas estas son impresiones vivas, alegrías casi divinas que nunca se borran del alma y que no dejan detrás de sí ningún pesar.»

Esos encantos del alpinismo han desaparecido en gran parte desde que el hombre, utilizando los adelantos científicos, ha tendido sobre sus vertientes los rieles de funiculares y cremalleras que conducen á millares de turistas, sin el menor riesgo ni la más pequeña molestia, á cumbres hasta ahora inaccesibles. Con ello el misterio de las grandes alturas se ha desvanecido en gran parte; y decimos en gran parte porque aún quedan picos á los cuales sólo puede llegar el alpinista por su propio esfuerzo.—P.



Retrato de la Sra. B., pintado por Walter Petersen
(De fotografía de Franz Hanfstaengl, de Munich.)

ellas constantemente un grave peligro, el de los aludes, esas moles de nieve que se desprenden de las alturas y que en vertiginosa carrera y aumentando

la lucha, la recompensa de la victoria, los esplendores del panorama, el solemne silencio de las grandes alturas, el olvido casi instantáneo de la fatiga; la elevación del alma hacia el infinito por encima de la tierra y de la humanidad; todas estas son impresiones vivas, alegrías casi divinas que nunca se borran del alma y que no dejan detrás de sí ningún pesar.»

EN LOS ALPES

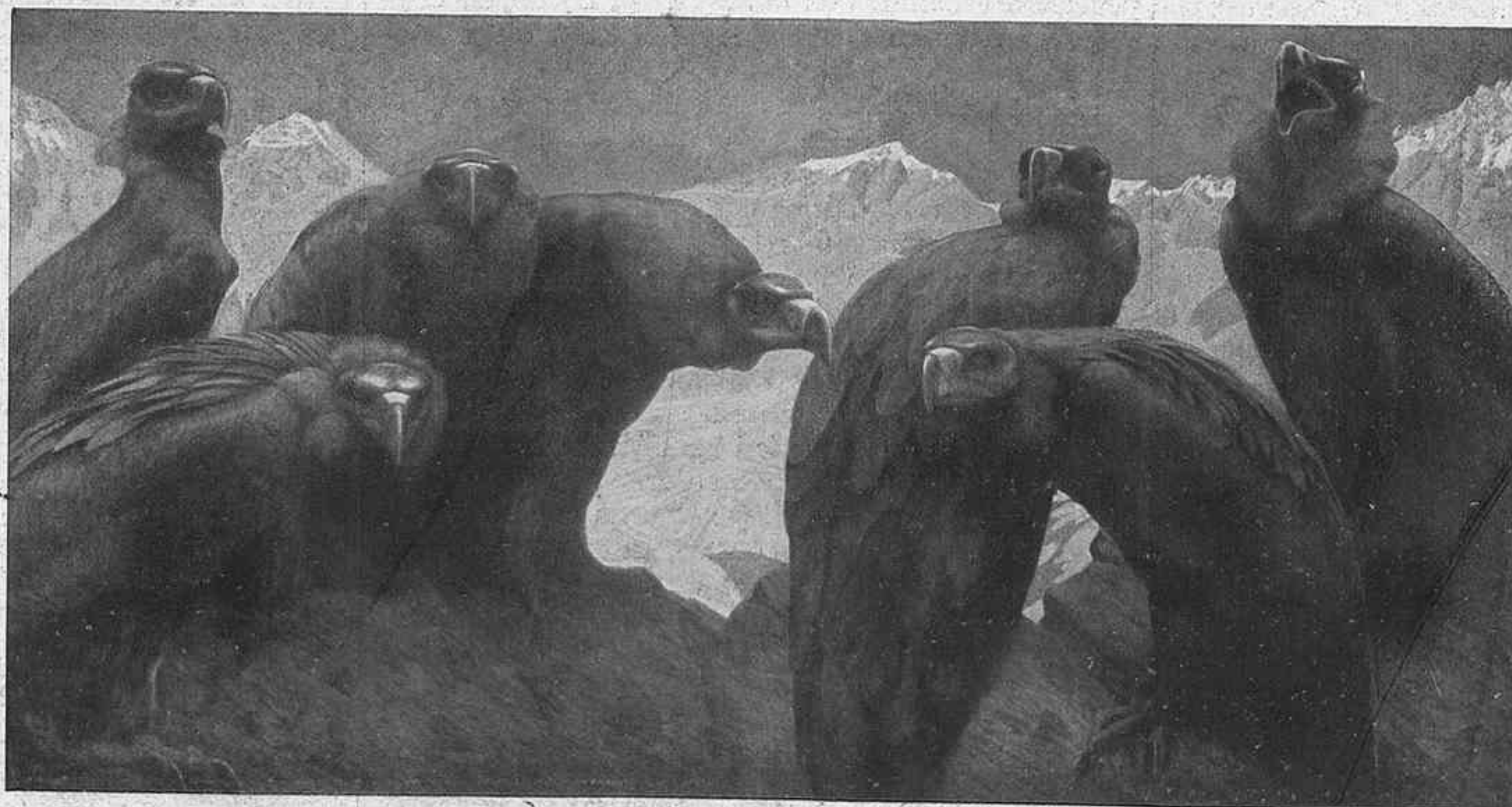
(Véase la lámina de la pág. 61.)

Entre los espectáculos más grandiosos que nos ofrece la naturaleza figura el de los Alpes, sobre todo en invierno, cuando la nieve ha cubierto con espesísima capa sus cumbres y sus laderas, llenando sus valles, sepultando las chozas y envolviendo toda la cordillera en un inmenso sudario, bajo el cual parece sepultada toda manifestación de vida.

Las poblaciones que en ellos habitan llevan durante la estación cruda una existencia triste y aislada; incomunicadas ó poco menos del resto del mundo y hasta unas de otras, necesitan muchas veces abrirse

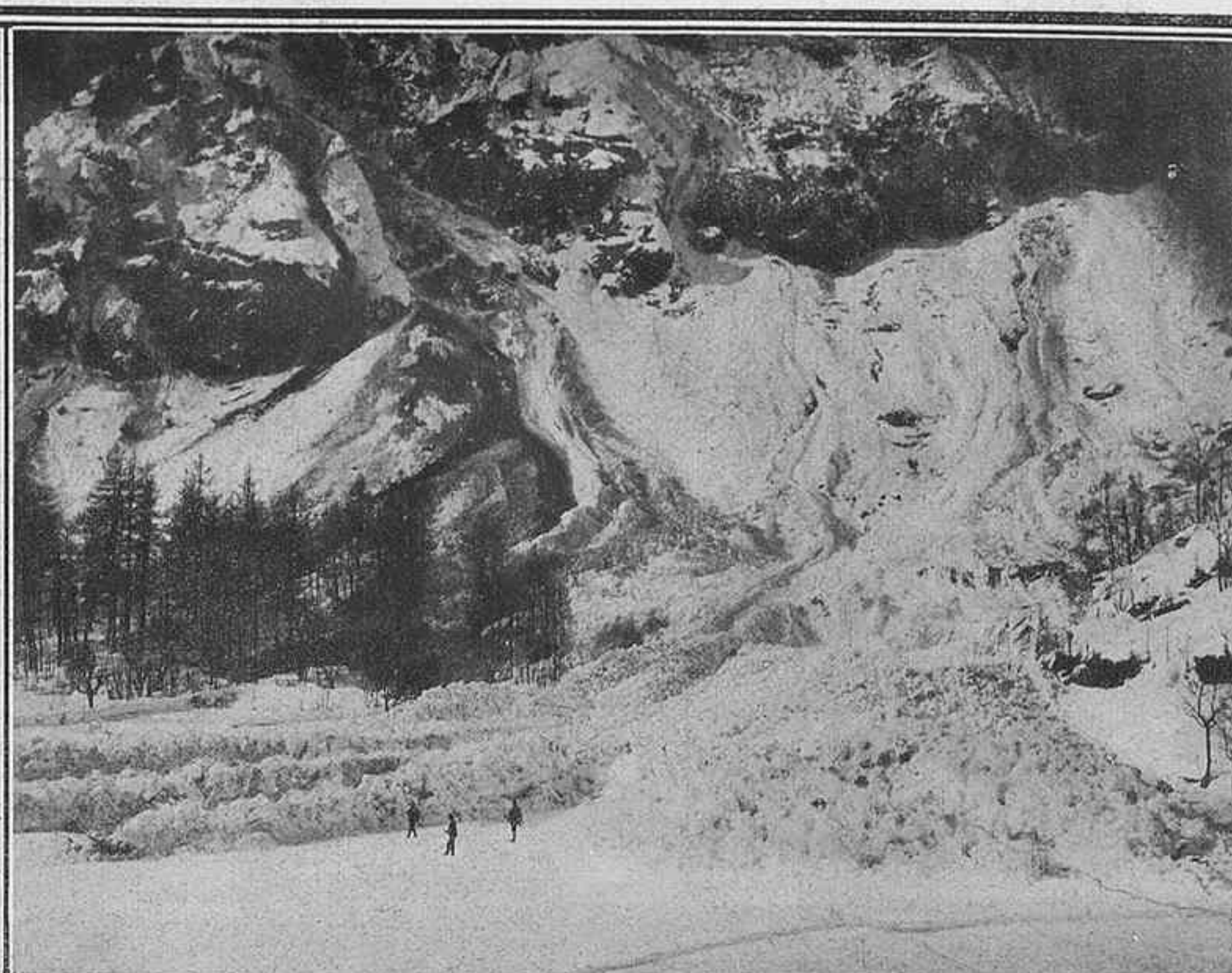
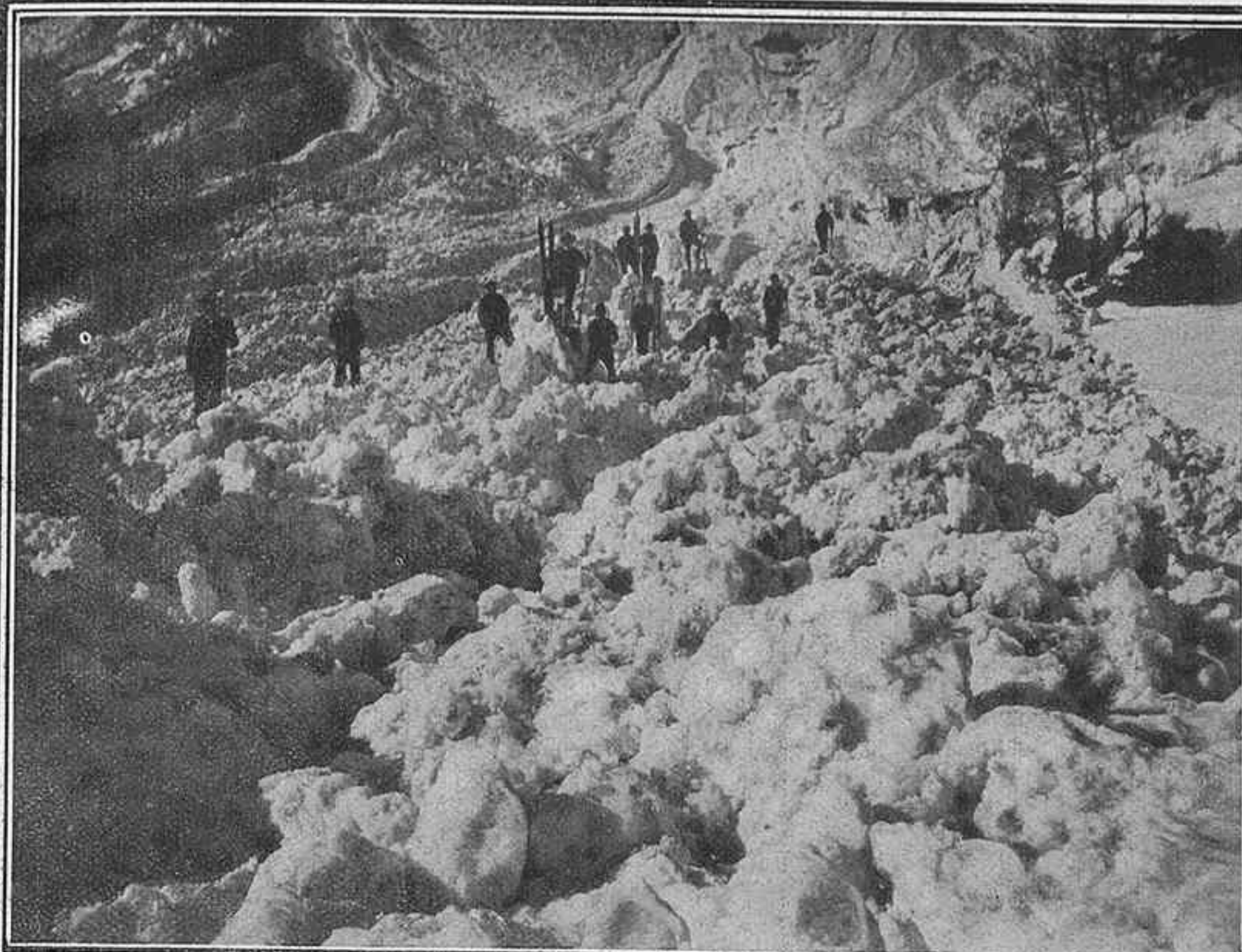
cada vez más de volumen precipítanse al fondo de los valles, arrasando cuanto se opone á su paso.

parte porque aún quedan picos á los cuales sólo puede llegar el alpinista por su propio esfuerzo.—P.



Aves de presa, cuadro de Carlos Huch
(Exposición Internacional de Bellas Artes del Palacio de Cristal de Munich. 1909.)

EN LOS ALPES.—ESCENAS Y PAISAJES DE INVIERNO



Cataclismo de invierno.— Los aludes.



Funerales en la alta montaña. El clero y los fieles.



Montañeses abriendo una senda.

(De fotografías de Carlos Trampus.)

LAS ELECCIONES ACTUALES EN INGLATERRA

Las circunstancias que determinaron la disolución del Parlamento y los graves y trascendentales proble-

mas que el sufragio ha de resolver y entre los cuales figuran en primer término el de los privilegios de los lores y el del libre cambio, prestan un interés excepcional á las actuales elecciones inglesas y hacen que esta vez más que nunca sea empenadísima la lucha entre conservadores y liberales.



Las elecciones actuales en Inglaterra.—Aspecto de una calle de Londres el primer día de la elección. Para llamar la atención de los electores, fíjanse carteles en todas partes, incluso en el arroyo. (De fotografía de Carlos Delius.)

mas que el sufragio ha de resolver y entre los cuales figuran en primer término el de los privilegios de los lores y el del libre cambio, prestan un interés excepcional á las actuales elecciones inglesas y hacen que esta vez más que nunca sea empenadísima la lucha entre conservadores y liberales.

Tratándose de un país como Inglaterra, en donde los candidatos apelan á todos los medios de propaganda, aun á los más extravagantes, no es de extrañar que los que solicitan los sufragios de sus conciudadanos hayan extremado en esta ocasión los recursos para llamar la atención de los electores y conquistarse sus sufragios, como pudiera hacerlo el industrial más listo para recomendar al público un específico ó un producto cualquiera.

La adjunta fotografía permite formarse idea de ello: ya no basta llenar las paredes de las casas con llamativos carteles; ahora se ha llegado á ponerlos en el mismo arroyo de las calles, sujetándolos con piedrecitas para que el aire no se los lleve. Y cuenta que este no es sino uno de los muchísimos sistemas de publicidad electoral que así en Londres como en todas las demás ciudades del Reino Unido se han puesto en práctica.

INCENDIO DEL PALACIO REAL DE ATENAS.

En la noche del 6 de los corrientes se declaró un violento incendio en el palacio real de Atenas.

En un principio se creyó que las llamas destruirían

El piso superior del cuerpo central ha quedado destruido; allí estaban las habitaciones de las damas de honor de la reina y varios salones. Las cámaras regias, el Salón del Trono y la sala de recepciones han quedado intactas, habiéndose, por consiguiente, salvado los recuerdos preciosos de la guerra de la Independencia que adornan estas estancias.

La familia real griega hallábase en el campo, en su palacio de Tatoi, cuando estalló el incendio, y en cuanto tuvo noticia de la catástrofe se trasladó á Atenas.

Las pérdidas se calculan en un millón de francos.



Atenas.—Incendio del Palacio Real. Aspecto de uno de los salones destruidos por las llamas

(De fotografía de Felipe Hutin.)

A los trabajos de extinción contribuyó eficazmente un destacamento de cuarenta marinos de un buque de guerra inglés anclado en Falero.

EL AVIADOR GLEEN CURTISS

¿Hasta dónde llegarán en sus proezas los aviadores? Nadie es capaz de responder á esta pregunta después de lo que todos los días estamos viendo que se hace en materia de aviación. Ultimamente, en el *meeting* celebrado en Los Angeles (California), Gleen Curtiss y Paulhán han realizado cosas verdaderamen-



El aviador Gleen Curtiss, que en el *meeting* de Los Angeles (California) ha batido el *record* de la velocidad en una hora llevando un pasajero en su aparato. (De fotografía de World's Graphic Press.)

te extraordinarias. El primero ha batido el *record* de la velocidad, recorriendo en una hora ochenta y ocho kilómetros y medio, lo que, descontando el tiempo

perdido en las viradas, da una velocidad de cerca de cien kilómetros; en este vuelo Curtiss llevaba en su biplano un pasajero, de suerte que ha ganado el premio Farmers, de 25.000 dólares. Curtiss posee actualmente la copa Gordón Bennet, que ganó, según oportunamente dijimos, en el *meeting* de aviación celebrado durante el verano último en Champaña.

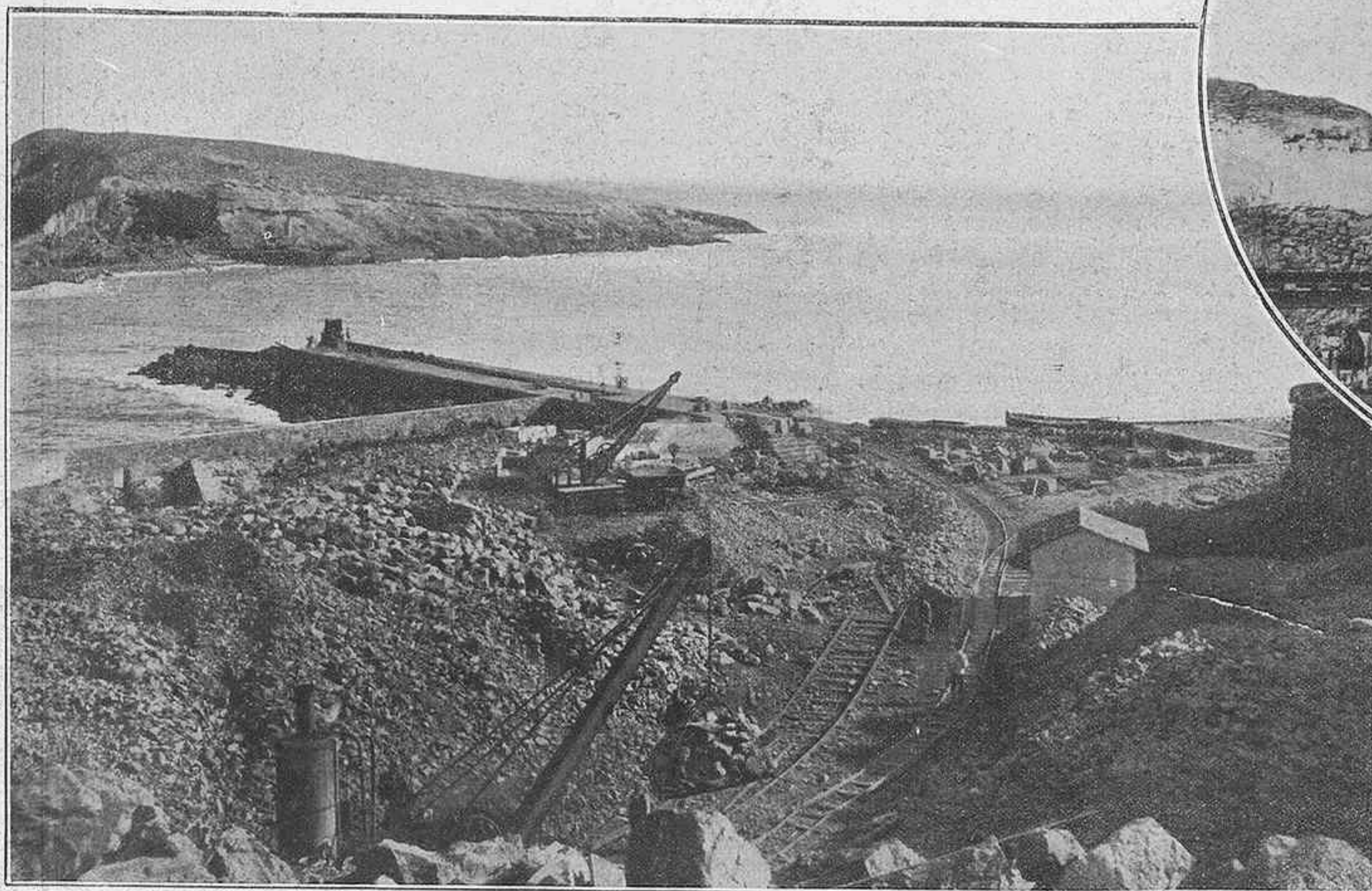
Por su parte, Paulhán se ha elevado á la altura de 1.500 metros. Montado en su biplano Farman, comenzó á ascender describiendo amplios círculos hasta perderse de vista en el espacio; un silencio profundo reinaba entre los 30.000 espectadores reunidos en el aeródromo. Al fin reapareció el aviador, que pausadamente descendió hasta tocar al suelo y fué objeto

de una ovación delirante; había permanecido en el aire 50 minutos y 46 segundos, y el altímetro registrador señalaba la altitud prodigiosa antes indicada,

LA OBRA DE LA PAZ EN EL RIF. (Fotografías M. de Asenjo.)

Terminada la acción de las armas, conquistados para España vastos y valiosísimos territorios, ha llegado el momento de que la obra de la guerra, tan brillantemente realizada por nuestro ejército, se vea consolidada por la obra de la paz que han de llevar á cabo principalmente nuestros políticos. La opinión pública lo dice unánimemente: si hemos de significar

dos caminos paralelos: de una parte, el elemento militar ha de asegurar lo conquistado mediante la construcción de las oportunas fortificaciones que tengan á raya á los levantiscos y puedan, en un momento dado, repeler cualquier agresión, si no proba-

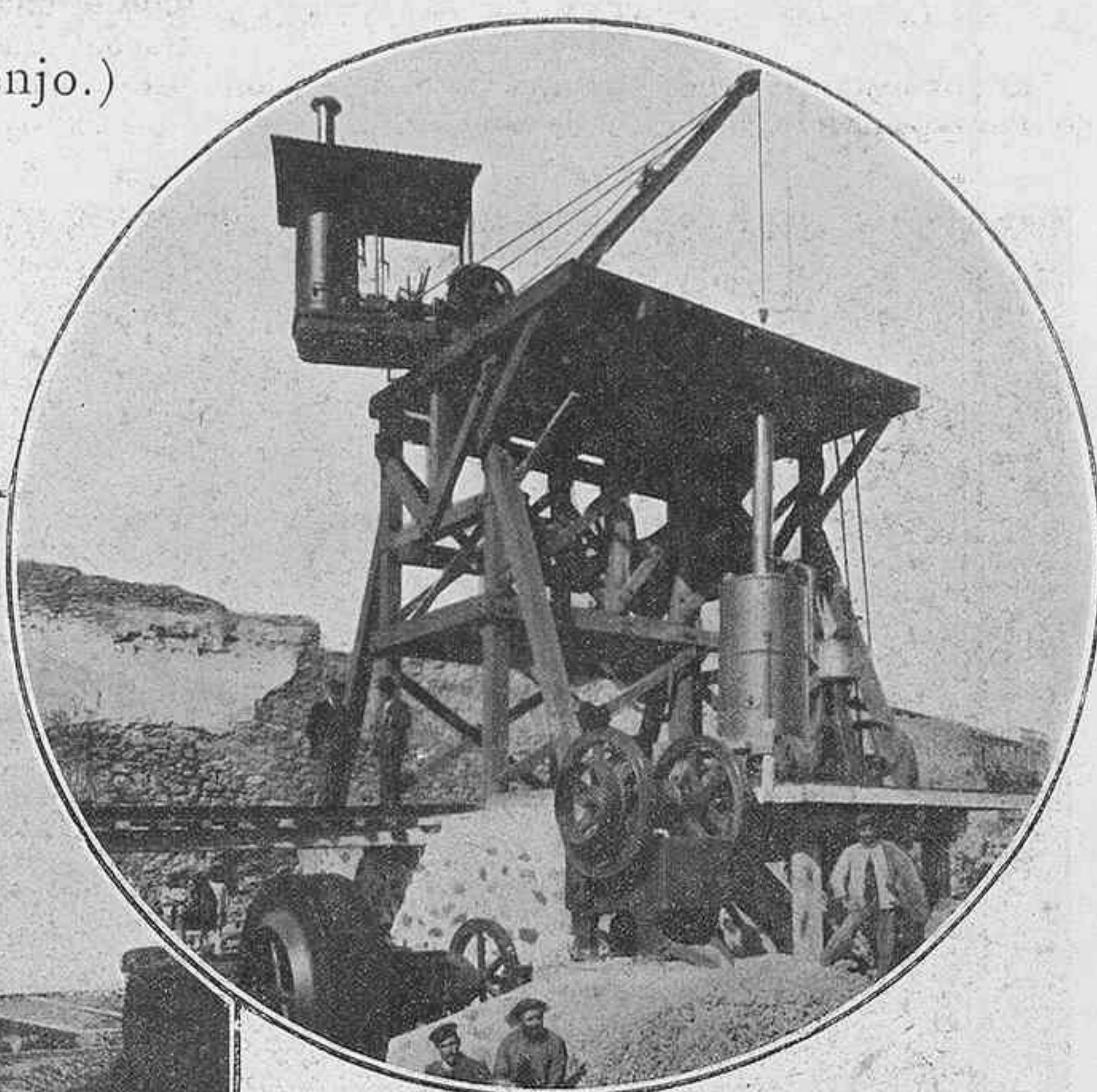


Obras del puerto de Chafarinas

algo en el concierto internacional, si no queremos que los sacrificios hechos resulten inútiles y hasta contraproducentes, es preciso que nuestra patria, después de haber dado tan alto ejemplo de lo que pueden nuestros heroicos soldados, demuestre también que sabe vivir y sentir como las grandes naciones modernas, y que tiene medios y aptitudes sobrados para llevar la civilización á un país hasta ahora refractario á ella, para hacer productivas sus riquezas

ble, posible; y de otra, el elemento civil debe realizar todas las obras necesarias para poner aquellos territorios en condiciones de ser debidamente utilizados.

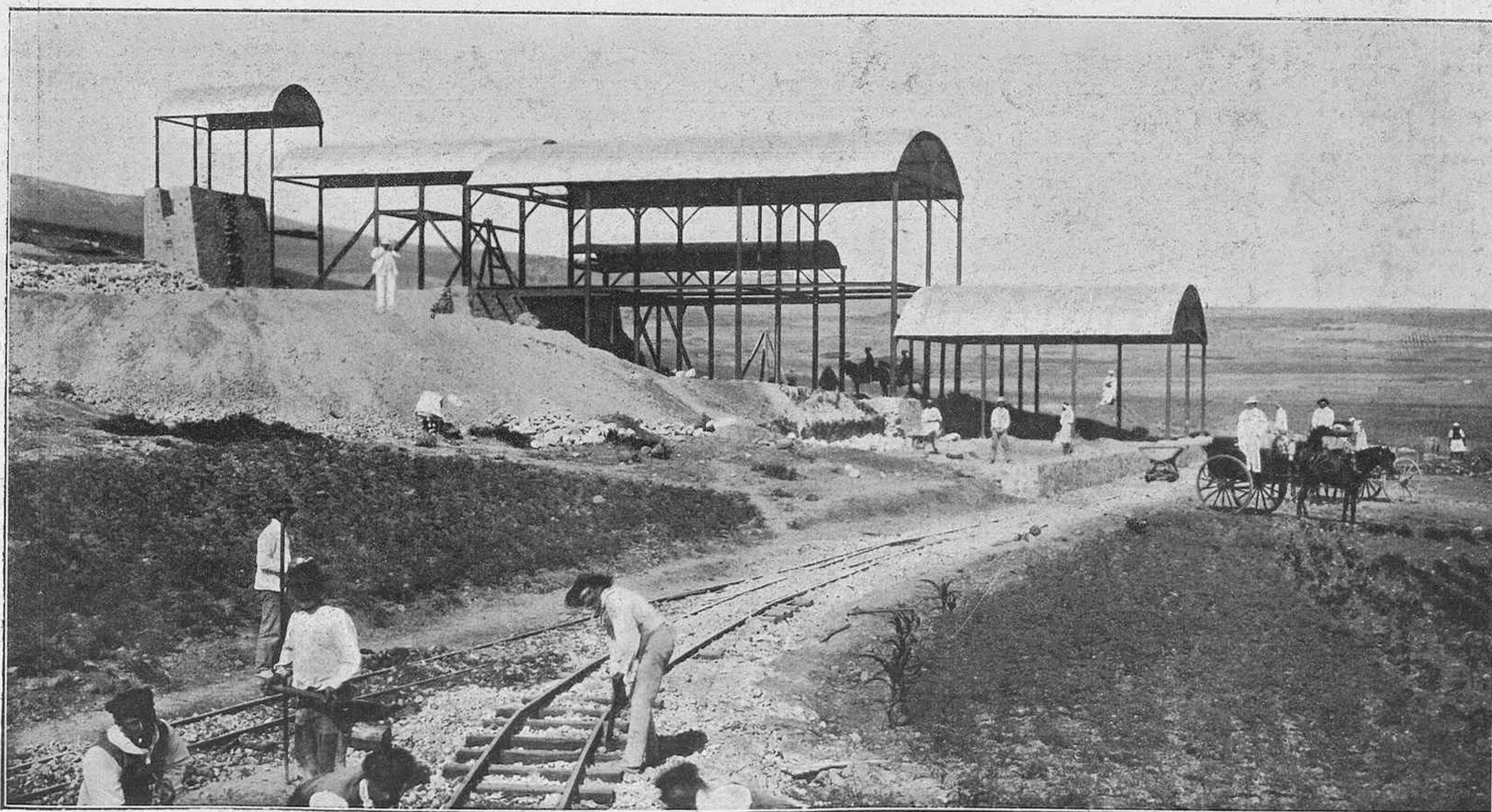
Ambas labores han sido ya comenzadas. Por lo que hace á la primera, el general Marina y la Junta de Defensa prosiguen activamente sus estudios y sus trabajos, y de la pericia de uno y otra es de esperar que llenarán en breve plazo y cumplidamente su cometido. En cuanto á la segunda, el gobierno parece



Grúa que funciona en las obras del puerto de Chafarinas

rando los antiguos, creando viveros y granjas agrícolas, fomentando la explotación de las muchas y ricas minas allí existentes; atendiendo á los servicios hidráulicos, así para el riego de las tierras como para el abastecimiento de aguas en los poblados, en una palabra, dotando á las nuevas posesiones españolas de todos los recursos que permitan sacar de ellas todo el provecho posible en beneficio, no sólo de España, sino de las tribus indígenas.

A estos propósitos del gobierno responde el viaje recientemente efectuado á Melilla por el ministro de Fomento Sr. Gasset, á quien han acompañado varios ilustrados ingenieros. Durante los cinco días de su permanencia allí, ha visitado el ministro los principales territorios conquistados en la última campaña, y sobre el terreno ha estudiado las obras que han de realizarse y dispuesto que se empiecen sin demora las más urgentes, entre las cuales figuran en principal término las carreteras de Melilla á Zeluán, de Melilla á Tres Forcas y de Nador al collado de At Latén.



Lavaderos de las minas francesas frente á Cabo Moreno

y para proteger y defender los derechos y los intereses legítimos de cuantos quieran explotarlas.

Al logro de estos propósitos ha de marcharse por

resuelto á llevar á cabo en las comarcas rifeñas un vasto plan de obras públicas, construyendo vías de comunicación, estableciendo nuevos puertos ó mejo-

Si el Sr. Gasset logra que sean una realidad tan nobles aspiraciones, habrá merecido bien de la patria.—R.



EL TIEMPO VENCIDO.—EL AUTOMÓVIL.—EL CARNAVAL, techos pintados por D. Vicente Cutanda



HOJAS SECAS, cuadro de José M.^a Tamburini. (Salón Parés.)

Tamburini es de los artistas que mejor saben armonizar la realidad con el idealismo; en todos sus cuadros aparecen admirablemente fundidos estos dos elementos que muchos consideran antitéticos, demostrando con ello que en la verdad está la belleza y que quien siente aquella íntima é intensamente no necesita recurrir á efectismos ni á artificios para producir la emoción estética, que es el supremo fin del arte. Las muchas obras que de él llevamos publicadas y la que aquí reproducimos son prueba elocuente de que no hay en nuestro juicio apasionamiento alguno.



FLORES DE ALMENDRO, cuadro de Juan Brull. (Salón Parés.)

Brull merece indudablemente el dictado de pintor-poeta; las figuras de adolescentes gráciles y delicadas que le sirven para sus bellísimos cuadros, tienen una dulzura de expresión y están ejecutadas con una suavidad que sólo son capaces de imprimir en sus concepciones aquellos espíritus escogidos y aquellos artistas privilegiados cuyo corazón vibra al impulso de los grandes ideales y cuya mano hállase guiada por los más elevados conceptos artísticos.

EL DR. D. ENRIQUE HERRERO DUCLOUX

Procedente de la República Argentina, ha permanecido algunos días en nuestra ciudad el ilustre Dr. D. Enrique Herrero Ducloux, vicedirector del Museo de La Plata y cate-



Dr. D. Enrique Herrero y Ducloux, vicedirector del Museo de la Plata y catedrático de Química analítica de las universidades de Buenos Aires y La Plata, que recientemente ha dado en la Universidad de Barcelona una interesantísima conferencia sobre las Universidades Argentinas. (De fotografía de A. Antonietti.)

drático de Química analítica de las universidades de La Plata y Buenos Aires. Su viaje a Europa es un viaje de estudio y lo realiza como enviado especial de la universidad platense cerca de las universidades de París y de Oviedo; a esta última para completar la meritisima obra de intercambio universitario tan brillantemente iniciada por el sabio catedrático ovetense, Sr. Altamira, cuya excursión científica por las repúblicas sudamericanas ha sido una serie no interrumpida de grandiosos triunfos.

El Sr. Herrero, a pesar de su juventud, es una eminencia científica de cuyos vastos y sólidos conocimientos son patente demostración la sabia labor por él realizada en la cátedra y en el laboratorio y los valiosos libros que ha publicado y entre los que sobresalen sus *Tratados de Química y Física, Estudios sobre las aguas superficiales y subterráneas de la República Argentina, La vida de la materia, La Ciencia y sus grandes problemas* y su informe presentado al IV Congreso Científico (primero panamericano) de Santiago de Chile como delegado de la Universidad de La Plata.

La «Sociedad Libre de Estudios Americanistas» constituida en Barcelona y de cuya meritisima labor y levantados propósitos se ha ocupado en una de sus notables crónicas nuestro distinguido colaborador Sr. Beltrán y Rózpide, aprovechando la estancia entre nosotros del sabio profesor americano, que a sus títulos expresados uno los de haber sido, muy joven aún, jefe del Laboratorio químico del Ministerio de Agricultura y catedrático del Colegio Nacional de Buenos Aires y de la Escuela Normal de Profesores, ha conseguido de él que diera una conferencia sobre las Universidades Argentinas. Celebróse ésta el día 18 de los corrientes

en el Paraninfo de nuestra Universidad y a ella asistió un público tan numeroso como escogido, en el que predominaban los catedráticos, profesores, hombres de ciencia y las más distinguidas personalidades de la colonia argentina.

El Dr. Herrero expuso en ella con palabra fácil y gran claridad y elevación de conceptos el estado brillantísimo de la enseñanza universitaria en su país, deteniéndose muy especial-

mente en la descripción de la Universidad de La Plata, sin disputa una de las mejores del mundo. Su conferencia, tan interesante por la materia tratada en ella como amena por la forma en que el docto catedrático la hizo, fué ilustrada con preciosas proyecciones luminosas que hicieron desfilar ante los ojos de los oyentes, así los lienzos bellísimos que decoran las paredes de aquel soberbio templo, como los más nimios pormenores de sus laboratorios magníficos y las vistas de algunos de los edificios que constituyen la Universidad de La Plata, muchos de los cuales hemos reproducido en el número 1.452 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El Dr. Herrero, que al terminar la conferencia fué objeto de una ovación tan entusiasta como cariñosa, ha recibido durante su estancia en Barcelona inequívocas pruebas de admiración y afecto de parte de los más valiosos elementos intelectuales de nuestra capital. A ellas unimos nuestro más cordial saludo y nuestras felicitaciones más sinceras.

EL COMETA DE HALLEY

Este cometa, que desde hace tiempo vienen estudiando los más sabios astrónomos del mundo y que en un principio sólo podía ser visto por los más poderosos telescopios, va haciéndose rápidamente visible a los aparatos ordinarios, hasta a los de los aficionados, a medida que avanza en su vertiginosa carrera (muchos millones de kilómetros por día) y dentro de un par de meses será visible a los ojos de todos. El día 18 de mayo el núcleo del cometa pasará por delante del sol y distará 26 millones de kilómetros de la tierra; a pesar de tan respetable distancia, no faltan agoreros que anuncian para aquella fecha la desaparición de nuestro planeta, fundándose en que éste quedará envuelto en la atmósfera irrespirable de la cola de aquél.

Es muy probable, en efecto, que nuestra tierra atraviese la cola cometaria, dado que, como hemos dicho, el cometa sólo distará de ella 26 millones de kilómetros y que las colas de esos cuerpos celestes suelen tener una longitud de 40 y hasta de 60 millones de kilómetros; pero aunque así sea, hay un precedente que puede tranquilizar a los timoratos, y es el de que igual fenómeno se produjo con el cometa de 1861 y nada ocurrió.

Cálmense, pues, los miedosos y prepárense a gozar en la indicada fecha de un espectáculo interesante y hermoso como todos los que en la celeste bóveda se realizan y que, al decir de una revista científica, puede ser, según las circunstancias en que aparezca, uno de aquellos que por lo extraordinarios dejan recuerdo en la historia de los pueblos.

En el entretanto, los astrónomos prosiguen sus observaciones y se aperciben a sacar del paso del cometa provechosas enseñanzas científicas. Uno de ellos es el eminente director del Observatorio de París Sr. Baillau, cuyo retrato publicamos adjunto.

MONACO. - MONUMENTO A CARLOS III

Dentro de poco se erigirá en Mónaco, en la plaza de Santa Bárbara, enfrente del palacio del príncipe, un monumento a Carlos III, padre de S. A. R. el príncipe Alberto I, actualmente reinante.

Carlos III nació en París el 8 de diciembre de 1818 y en 1856 sucedió a su padre, el príncipe Florestán I. Bajo su reinado realizaron en el pequeño principado las afortunadas transformaciones que han hecho de él uno de los países más prósperos. Comprendiendo los grandes beneficios que podía sacar Mónaco de su situación incomparable, esforzándose ante todo en abrir vías de comunicación que facilitasen su acceso, y después, en vista de que no podía instalar industria alguna en aquel sitio encantador al que la naturaleza no había dado más que la belleza de un clima excepcionalmente benigno, autorizó la creación de un casino, al que no tardó en afluir la clientela elegante que había hecho la fortuna de Niza.

Carlos III quiso entonces que su pueblo se beneficiara de aquella situación floreciente, y en 1863 decretó la supresión de los cuatro impuestos directos.

Desde el punto de vista político, Carlos III se propuso principalmente asegurar la autonomía de su país. Cuando subió al trono, el principado hallábase puesto bajo el protectorado del gobierno sardo; Carlos III logró substraerse a esa tutela en 1860, cuando la anexión del condado de Niza a Francia, y algunos meses

después cedió a esta nación, mediante una indemnización, las poblaciones de Mentón y Roquebrune. El fué quien firmó con Francia un convenio que determinaba las condiciones de una unión aduanera y las relaciones de buena vecindad; este convenio, que lleva la fecha de 9 de diciembre de 1865, está todavía vigente. Fué también un excelente administrador que se dedicó con infatigable actividad a organizar las instituciones

que interesaban a los servicios públicos. Después de la muerte de su esposa, la princesa Antonieta, acaecida en 1864, quedóse ciego. Falleció en 10 de septiembre de 1889.

La ejecución del monumento ha sido confiada a dos notables escultores, los Sres. Maubert y Robert; la obra por éstos concebida bajo la inspiración de S. A. el príncipe Alberto es una composición bellísimamente sentida y ejecutada con gran acierto, según puede verse en el boceto que adjunto reproducimos y que figura en la Exposición Internacional de Bellas Artes inaugurada en Monte Carlo el día 12 de los corrientes.



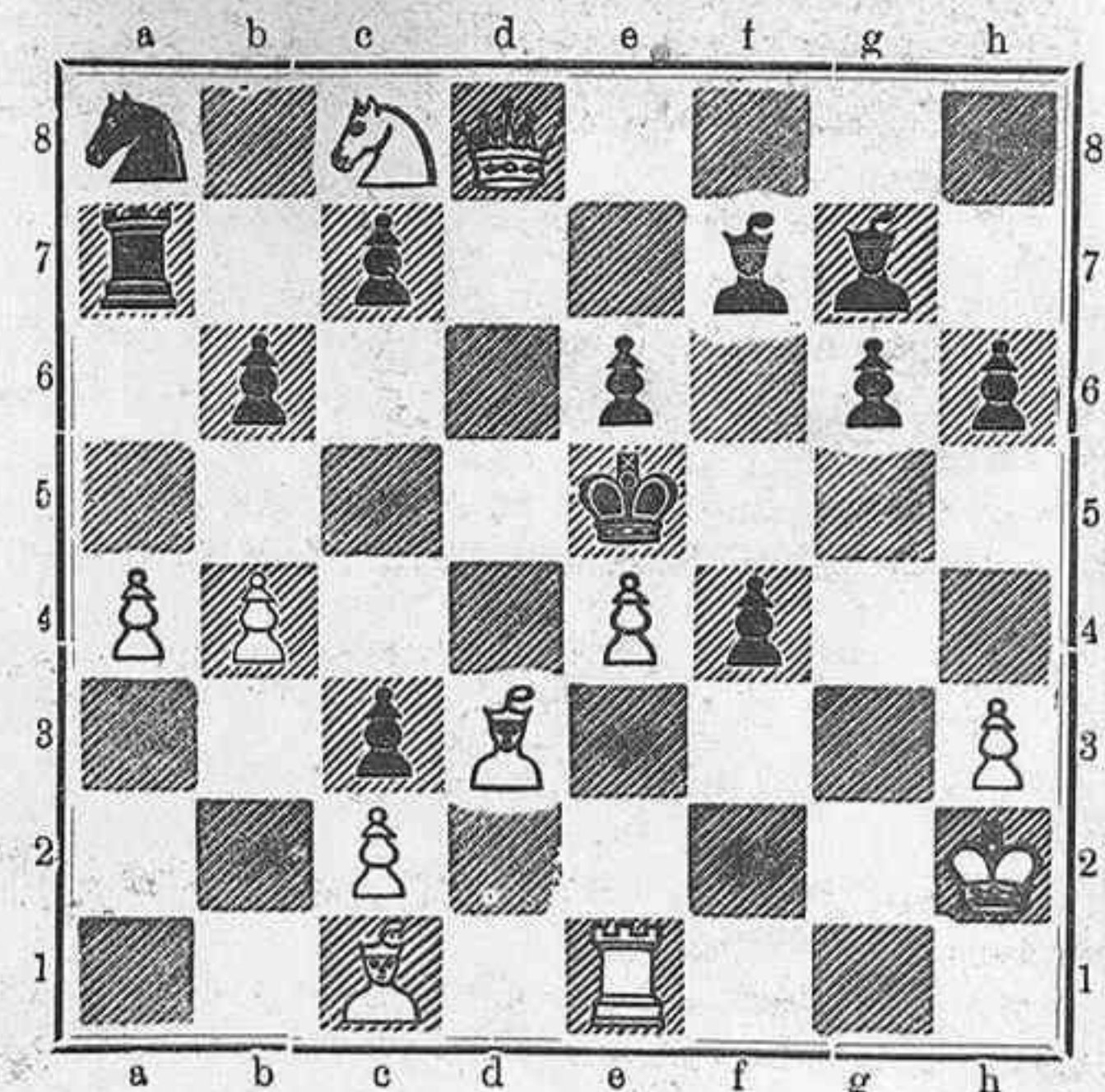
Boceto del monumento que ha de erigirse en Monte Carlo a la memoria del príncipe Carlos III, obra de los escultores Maubert y Robert. (De fotografía de World's Graphic Press.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 537, POR V. MARÍN

Primer premio del «St. Louis Am. Chess Congress» 1904

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

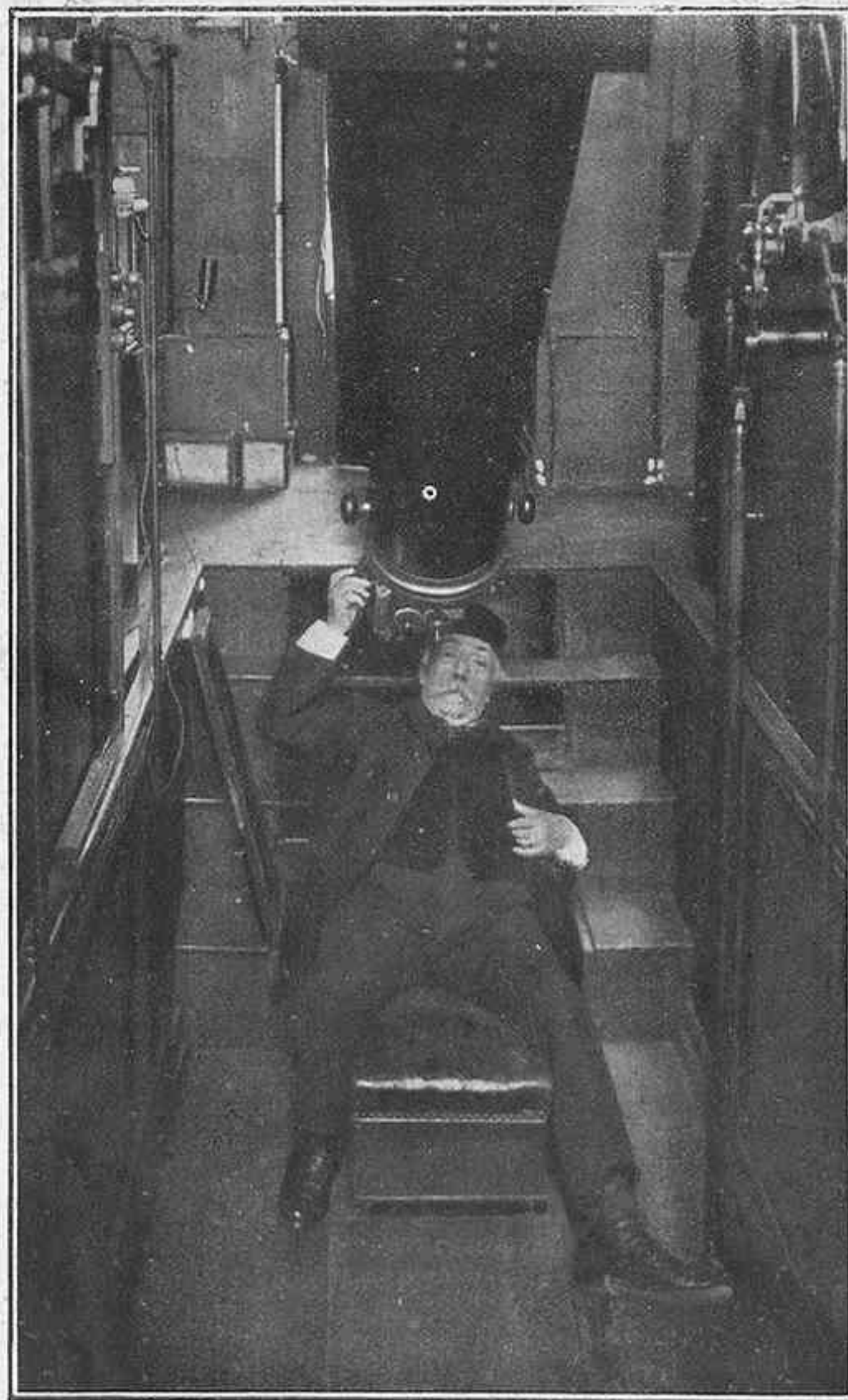
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 536, POR V. MARÍN

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rh2-h1 | 1. e5-e4 |
| 2. Cc2-e3 | 2. f4xe3 |
| 3. Ac7-h2 | 3. Cualquiera. |
| 4. b6-b7 mate. | |

VARIANTES.

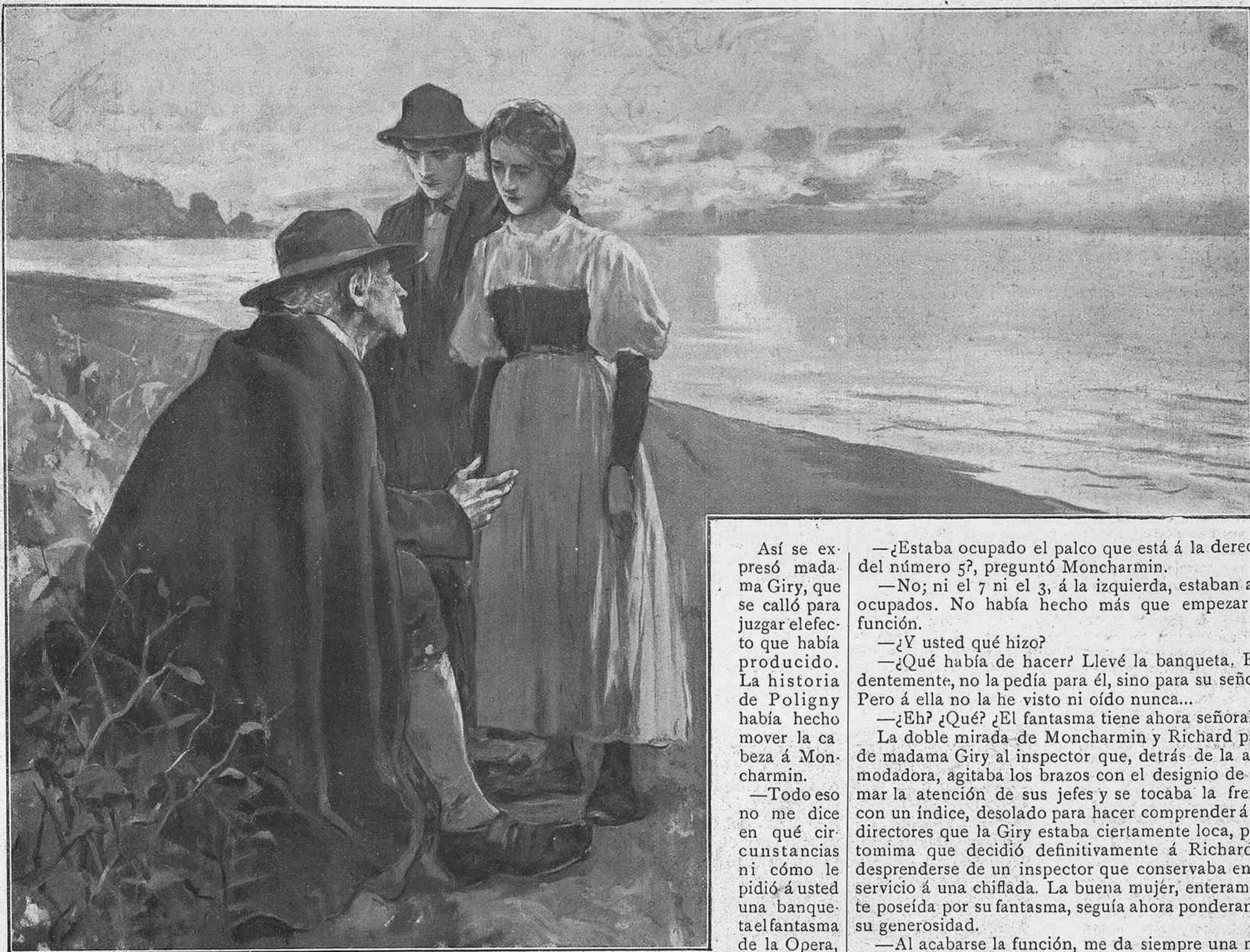
- 2..... Otra jug.ª; 3. Ce3-f5, etc.
 1.... f4-f3; 2. Cc2-e3, etc.
 1..... b4-b3; 2. Cc2-a3, etc.
 1..... c5-c4; 2. Cc2xb4, etc.
 1..... f6-f5; 2. Ac7xe5, etc.



M. Baillau, director del Observatorio de París, disponiéndose a estudiar el cometa de Halley que el día 18 de mayo pasará por delante del sol y en cuya cola quedará probablemente envuelta la Tierra durante algunas horas. (De fotografía de World's Graphic Press.)

EL FANTASMA DE «LA ÓPERA»

NOVELA ESCRITA POR GASTON LEROUX.—ILUSTRADA POR ARCADIO MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)



Iba Daé á sentarse á su lado en la orilla del camino y les contaba en voz baja...

Al llegar aquí, madama Gir hace una breve pausa como para recordar mejor lo sucedido. Después prosigue:

—Acababa de cantar, ya saben ustedes, esa cosa del segundo acto (madama Gir canta á media voz):

Al lado del que amo
Vivo y quiero morir.
Y ni la muerte misma
Nos podrá desunir.

—¡Bien! ¡Bien! Ya sé, hace observar con sonrisa benévola Moncharmin.

Pero madama Gir continúa á media voz, columpiando la pluma de su sombrero de color de hollín:

¡Partamos! ¡Partamos! En los cielos
La misma suerte nos espera.

—¡Sí, sí! Ya sé, ya sé, repite Richard impaciente de nuevo. ¿Y qué pasó?

—Entonces, era el momento en que Leopoldo grita: «¡Huyamos!» ¿no es verdad?, y Eleazar los detiene preguntándoles: «¿Adónde corréis?» Pues bien: en este momento mismo, el Sr. Poligny, á quien yo estaba observando desde el palco de al lado, que se hallaba vacío, el Sr. Poligny se levantó de pronto y se marchó, tieso como una estatua, sin que tuviera yo tiempo de preguntarle como Eleazar: «¿Adónde va usted?» Estaba más pálido que un muerto. Le vi bajar la escalera, pero él no se rompió una pierna... Sin embargo, andaba como soñando y ni siquiera encontraba su camino, él, que tan bien debía conocer la Ópera...

—Pues bien: fué desde aquella noche cuando se dejó tranquilo á nuestro fantasma y no se trató de disputarle su palco. Los Sres. Debienné y Poligny dieron orden de que se lo dejaran para todas las representaciones. Y desde entonces, cuando venía, me pedía su banqueta.

—¡Hum!.. ¡Un fantasma que pide una banqueta! ¿Es entonces mujer su fantasma de usted?, preguntó Moncharmin...

—No, el fantasma es un hombre.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Tiene voz de hombre, una dulce voz de hombre. Oigan ustedes cómo pasan las cosas. Cuando viene á la Ópera, llega de ordinario á mitad del primer acto y da tres golpecitos secos en la puerta del palco número 5. ¡Figúrense ustedes si me quedaría admirada la primera vez que oí los tres golpecitos, cuando sabía muy bien que no había aún nadie en el palco! Abro la puerta, escucho, miro. ¡Nadie! Y de pronto, oigo una voz que me dice: «Madama Jules (es el nombre de mi difunto esposo), una banqueta, hágame usted el favor.» Dicho sea sin ofender á usted, señor director, yo estaba como un tomate... Pero la voz continuó: «No se asuste usted, madama Jules; yo soy el fantasma de la Ópera...» Miré al sitio de donde venía la voz, que era, por cierto, tan buena y tan amable, que casi no me daba ya miedo. La voz, señor director, estaba sentada en el primer sillón de primera fila, á la derecha. Quitando que yo no veía á nadie en el sillón, hubiera jurado que había alguien en él y alguien muy bien educado, por cierto.

Así se expresó madama Gir, que se calló para juzgar efecto que había producido. La historia de Poligny había hecho mover la cabeza á Moncharmin.

—Todo eso no me dice en qué circunstancias ni cómo le pidió á usted una banqueta el fantasma de la Ópera, insistió mirando á la Gir.

—¿Estaba ocupado el palco que está á la derecha del número 5?, preguntó Moncharmin.

—No; ni el 7 ni el 3, á la izquierda, estaban aún ocupados. No había hecho más que empezar la función.

—¿Y usted qué hizo?

—¿Qué había de hacer? Llevé la banqueta. Evidentemente, no la pedía para él, sino para su señora. Pero á ella no la he visto ni oído nunca...

—¿Eh? ¿Qué? ¿El fantasma tiene ahora señora?

La doble mirada de Moncharmin y Richard pasó de madama Gir al inspector que, detrás de la acomodadora, agitaba los brazos con el designio de llamar la atención de sus jefes y se tocaba la frente con un índice, desolado para hacer comprender á los directores que la Gir estaba ciertamente loca, pantomima que decidió definitivamente á Richard á desprenderse de un inspector que conservaba en su servicio á una chiflada. La buena mujer, enteramente poseída por su fantasma, seguía ahora ponderando su generosidad.

—Al acabarse la función, me da siempre una moneda de dos francos, algunas veces de cinco y otras de diez, cuando ha estado muchos días sin venir. Pero desde que han empezado otra vez á molestarle, ya no me da nada...

—Vamos á ver, buena mujer... (nueva rebelión de la pluma del sombrero color de hollín ante una familiaridad tan persistente), vamos á ver, ¿cómo se arregla el fantasma para dar á usted los dos francos?, dice Moncharmin, que es curioso.

—¡Bah! Los deja en la tablilla del palco, y allí los encuentro con el programa que le llevo siempre. Algunas noches encuentro también flores en el palco, una rosa que debe de haberse caído del vestido de la señora..., pues es seguro que debe de haber con él una señora, porque una noche olvidaron un abanico.

—¡Ah! El fantasma ha olvidado un abanico... ¿Y qué ha hecho usted de él?

—Se lo he llevado á la noche siguiente.

Aquí se dejó oír la voz del inspector.

—No observó usted el reglamento, madama Gir. Le pondré á usted una multa.

—¡Cállese usted, imbécil! (Voz de bajo de Richard.)

—Les devolvió usted el abanico... ¿Y entonces?

—Entonces se lo llevaron, señor director, pues no le encontré al acabarse la función, y la prueba es que dejaron en su lugar una caja de bombones ingleses, que tanto me gustan. Es una de las amabilidades del fantasma...

—Está bien, madama Gir, puede usted retirarse.

Cuando madama Gir hubo saludado respetuosamente, aunque con la dignidad que nunca la abandonaba, á sus dos directores, éstos declararon al inspector que estaban decididos á privarse de los

servicios de aquella vieja loca. Y despidieron al inspector. Una vez solos, los directores advirtieron al administrador que arreglase la cuenta al inspector y se comunicaron el pensamiento que se les había ocurrido a los dos al mismo tiempo, que era ir a dar una vuelta por el palco número 5.

VI

EL VIOLÍN ENCANTADO

Cristina Daé, víctima de intrigas, de las que habremos más adelante, no volvió a obtener en seguida en la Opera el triunfo de la famosa función de gala. Después, sin embargo, tuvo ocasión de hacerse oír en casa de la duquesa de Zurich, donde cantó las más hermosas piezas de su repertorio, y he aquí cómo se expresa acerca de ella el gran crítico X. Y. Z., que se hallaba entre los invitados más notables:

«Cuando se la oye en *Hamlet*, hay que preguntarse si Shakespeare ha venido de los Campos Elíseos a ensayarle Ofelia... Es verdad que cuando ciñe la diadema de estrellas de la reina de la noche, Mozart, por su parte, debe de dejar las moradas eternas para venir a oírlo. Pero no, no tiene que molestarse, pues la voz aguda y vibrante de la intérprete magnífica de su *Flauta encantada*, va a buscarle en el cielo, que ella escala con facilidad, exactamente como ha sabido pasar sin esfuerzo de su cabaña de la aldea de Skotolof al palacio de oro y mármol edificado por el Sr. Garnier.»

Pero desde la velada de la duquesa de Zurich, Cristina no canta ya en el gran mundo; es lo cierto que, en esta época, rehúsa toda invitación y toda velada, aun pagada regíamente. Sin dar un pretexto plausible, renuncia a tomar parte en una fiesta de caridad para la que tenía prometido su concurso. Obra como si no fuera dueña de su destino, como si tuviera miedo de un nuevo triunfo.

Supo que el conde de Chagny, para complacer a su hermano, se había empeñado muy activamente en su favor con el Sr. Richard, y le escribió para darle las gracias y también para rogarle que no hablase más de ella a sus directores. ¿Cuáles podían ser las razones de tan extraña actitud? Los unos han supuesto que no había en este caso más que un inconmensurable orgullo, y los otros, una divina modestia. Pero nadie es tan modesto cuando está en el teatro, y en verdad, yo no sé si debiera escribir simplemente esta palabra: miedo. Sí, yo creo que la Daé tenía miedo de lo que acababa de sucederle y estaba por ello tan estupefacta como todo el mundo a su alrededor. ¿Estupefacta? ¡Vamos allá! Tengo aquí una carta de Cristina (colección del *Persa*) que se refiere a los acontecimientos de aquella época, y después de haber vuelto a leerla, no escribiré que Cristina estaba estupefacta, ni siquiera asustada de su triunfo, sino más bien *espantada*. Sí, sí, espantada. «No sé lo que me pasa cuando canto», dice.

¡Pobre, pura, dulce niña!

No se dejaba ver en parte alguna y el vizconde de Chagny trató en vano de encontrarse en su camino. Le escribió para pedirle permiso de presentarse en su casa, y ya desesperaba de obtener una respuesta cuando, una mañana, Cristina hizo llegar a sus manos la esquela siguiente:

«Caballero: no he olvidado al niño que fué a recoger mi pañoleta en el mar. No puedo menos de escribir a usted esto, hoy que me voy a Perrós conducida por un deber sagrado. Mañana es el aniversario de la muerte de mi pobre padre, al que usted ha conocido y que le quería mucho. Está enterrado allí, con su violín, en el cementerio que rodea a la pequeña iglesia, al pie de la cuesta en que, siendo muy pequeños, tanto hemos jugado; en la orilla de aquel camino en que, un poco mayores, nos despedimos por última vez.»

Cuando recibió esta carta de Cristina Daé, el vizconde de Chagny se echó sobre un indicador de ferrocarriles, se vistió a toda prisa, escribió unas líneas, que su ayuda de cámara debía entregar a su hermano, y se metió en un coche que, por mucha prisa que se dio, no pudo llevarle al andén de la estación Mantparnasse a tiempo de tomar el tren de la mañana, con el que contaba. Pasó el vizconde un día desesperado y no recobró el gusto de la vida hasta la tarde, cuando estuvo instalado en su vagón. Durante todo el viaje releó la carta de Cristina, respiró su perfume y resucitó la dulce imagen de sus años juveniles. Pasó toda aquella noche de ferrocarril en un sueño febril que tenía por principio y por fin a Cristina Daé. Apuntaba el alba cuando se apeó en Lannion, y corrió a la diligencia de Perrós-Guirec, de la que era el único viajero. Interrogó al mayoral y supo que el día antes por la noche, una joven, que parecía una parisiense, se había hecho llevar a Perrós

y se había alojado en la posada del Sol Poniente. No podía ser más que Cristina, y había venido sola. Raúl dió un suspiro; iba a poder hablar en paz con Cristina en aquella soledad. La amaba con delirio. Aquel muchachón, que había dado la vuelta al mundo, estaba puro como una virgen que no ha salido de casa de su madre.

A medida que se acercaba a ella, Raúl recordaba devotamente la historia de la pequeña cantante sueca, muchos de cuyos detalles son aún ignorados del vulgo.

Había una vez en un pueblecillo de los alrededores de Upsal un aldeano que vivía allí con su familia, cultivando la tierra durante la semana y cantando en el coro de la iglesia los domingos. Aquel aldeano tenía una niña a la que enseñó a descifrar el alfabeto musical mucho antes de que supiera leer... Daé era, sin que se sospechase acaso, un gran músico, y tocaba el violín como ningún ministril de toda la Escandinavia. Extendióse su reputación muchas leguas a la redonda y todo el mundo se dirigía a él para bailes y festines. La esposa de Daé, imposibilitada, murió cuando Cristina iba a cumplir seis años. Su padre, que sólo amaba a su hija y a la música, vendió sus tierras y se fué a buscar la gloria a Upsal, donde no encontró más que la miseria.

Volvió entonces a los campos y fué de feria en feria rascando sus melodías escandinavas, mientras su hija, que no se separaba de él, le escuchaba con éxtasis o le acompañaba cantando. Un día, en la feria de Ljmbý, el profesor Valerius los oyó a los dos y se los llevó a Gothemburgo. Decía el profesor que el padre era el mejor violinista del mundo y que la hija era de la madera de las grandes artistas. Educóse é instruyóse la niña, y en todas partes maravillaba a todo el mundo por su belleza, su gracia y su afán de decir y de hacer bien. Sus progresos fueron rápidos. Por aquel tiempo el profesor Valerius y su mujer tuvieron que ir a establecerse en Francia y llevaron a Cristina Daé. La de Valerius trataba a Cristina como a su hija. Daé, a todo esto, empezaba a demacrarse, dominado por la nostalgia. En París no sabía nunca y vivía en una especie de ensueño que entretenía con su violín. Se encerraba horas enteras en su cuarto con Cristina, y se le oía tocar el violín y canturrear muy bajito, muy bajito. Algunas veces la señora de Valerius iba a escucharles detrás de la puerta, daba un gran suspiro, se enjugaba una lágrima y se volvía de puntillas. También ella tenía la nostalgia de su cielo escandinavo.

Daé no parecía recobrar algunas fuerzas más que en verano, cuando toda la familia se iba a veranear en Perrós Guirec, en un rincón de Bretaña que era entonces casi desconocido de los parisienses. Gustábase mucho el mar de aquel país, porque le encontraba, decía él, el mismo color que allá, y muchas veces, en la playa, tocaba sus melodías más plañideras y suponía que el mar se callaba para escucharlas. Además, había suplicado tanto a la señora de Valerius, que ésta había consentido en una nueva locura del antiguo ministril.

En la época de las fiestas de los pueblos, se marchaba como en otro tiempo con su violín, y tenía derecho de llevarse a su hija durante ocho días. La gente no se cansaba de escucharlos. Vertían armonía para todo el año en los más miserables caseríos y dormían por la noche en las granjas, renunciando a la cama de la posada y estrechándose en la paja el uno con el otro como en el tiempo en que eran pobres en Suecia.

Iban vestidos decentemente, rehusaban el dinero que se les ofrecía, no hacían colecta y la gente no comprendía la conducta de aquel músico ambulante que corría por los caminos con aquella guapa muchacha que cantaba como un ángel del paraíso.

Un día, un niño de la ciudad, que estaba con su aya, hizo dar a ésta una larga caminata, pues no se decidía a dejar a la niña cuya pura y dulce voz le había encadenado. Así llegaron al borde de una rada que se llama todavía Trestrau, pero en la que creo que hay ahora un casino ó cosa semejante. En aquel tiempo no había allí más que el cielo, el mar y la dorada orilla. Y sobre todo, había un gran viento que se llevó al mar la pañoleta de Cristina. La muchacha dió un grito y extendió los brazos, pero la pañoleta estaba ya lejos en las olas. Cristina oyó una voz que le decía:

—No se moleste usted, señorita; yo iré a buscar su pañoleta en el mar.

Y vió un niño que corría, corría, a pesar de las protestas indignadas de una buena señora vestida de negro. El niño se metió en el mar, enteramente vestido, y trajo la pañoleta. ¡En bonito estado venían la pañoleta y el niño! La señora vestida de negro no se calmaba, pero Cristina se reía con toda su alma y dió un beso al niño. Era éste el vizconde de Chagny,

que vivía entonces con su tía en Lannion. Durante la temporada volvieron a verse casi todos los días y jugaron juntos. Y a petición de la tía, y por mediación de Valerius, Daé consintió en dar lecciones de violín al joven vizconde. De este modo Raúl aprendió las mismas melodías que habían encantado la infancia de Cristina.

Tenían ambos niños la misma alma soñadora y tranquila; no se complacían más que con las historias y los viejos cuentos bretones, y su principal juego consistía en ir a solicitarlos a los umbrales de las puertas, como mendigos. «Señora ó señor, ¿no tendría usted algún cuento que contarnos?» Y era raro que no se les «diese». ¿Qué abuela bretona no ha visto, una vez al menos en su vida, danzar a los «korriganos» en la landa, a la luz de la luna?

Pero su gran fiesta era cuando en el crepúsculo, en la gran paz del anochecer, después que el sol se había puesto en el mar, iba Daé a sentarse a su lado en la orilla del camino y les contaba en voz baja, como si temiese dar miedo a los fantasmas que evocaban, las bellas, dulces ó terribles leyendas del país del Norte. Era aquello tan pronto hermoso como los cuentos de Andersen, tan pronto triste como los cantos del gran poeta Rumberg. Cuando se callaba, los dos niños decían: «¡Más, más!»

Había un cuento que comenzaba así: «Un rey se había sentado en una barquita, en una de esas aguas tranquilas y profundas que se abren como un ojo brillante en medio de los montes de Noruega...»

Y otro:

«Lotita pensaba en todo y no pensaba en nada. Pájaro de estío, se cernía en los rayos de oro del sol, llevando en sus rubios rizos la corona primaveral. Su alma era tan clara y tan azul como su mirada. Hacía mimos a su madre, era fiel a su muñeca y cuidaba mucho su traje, sus zapatos rojos y su violín; pero le gustaba sobre todas las cosas oír al dormirse al Ángel de la música.»

Mientras el buen hombre decía estas cosas, Raúl miraba los ojos azules y la cabellera dorada de Cristina. Y Cristina pensaba que Lotita era muy feliz de oír al dormirse al Ángel de la música. Casi no había cuento de Daé en que no interviniese el Ángel de la música, y los niños le pedían interminables explicaciones sobre el tal Ángel. Suponía Daé que todos los grandes músicos, todos los grandes artistas, reciben al menos una vez en la vida la visita del Ángel de la música. Ese Ángel se inclina a veces sobre su cuna, como le sucedió a Lotita, y de este modo es como hay pequeños prodigios que tocan el violín a los seis años mejor que algunos hombres de cincuenta, lo que hay que confesar que es enteramente extraordinario. Algunas veces, el Ángel viene mucho después, porque los niños no son buenos y no quieren aprender el método ni estudiar las escalas. Algunas veces el Ángel no viene nunca, porque no se tiene el corazón puro ni la conciencia tranquila. No se ve jamás al Ángel, pero él se hace oír de las almas privilegiadas, y muchas veces en los momentos en que menos lo esperan y cuando están tristes y desanimadas. Entonces el oído percibe de repente celestiales armonías y una voz divina que se recuerda toda la vida. Las personas que son visitadas por el Ángel se quedan como inflamadas y vibran con un calofrío que no conocen los demás mortales. Tienen además el privilegio de no poder ya tocar un instrumento ó abrir la boca para cantar, sin hacer oír sonidos que dan vergüenza por su belleza a todos los otros sonidos humanos. La gente que no sabe que el Ángel ha visitado a esas personas, dice que tienen genio.

La niña Cristina preguntaba a su padre si él había oído al Ángel. Pero el buen Daé movía la cabeza tristemente, brillaba su mirada mirando a su hija y le decía: «Tú, hija mía, le oirás un día. Cuando yo esté en el cielo te le enviaré, te lo prometo.»

Daé empezaba a toser en aquella época.

Vino el otoño y separó a Raúl y a Cristina.

Tres años después volvieron a verse; ya eran unos jóvenes; era también en Perrós, y Raúl conservó de ello tal impresión, que le persiguió toda su vida. El profesor Valerius había muerto, pero su esposa se había quedado en Francia, donde la retenían sus intereses, con el bueno de Daé y con su hija, ambos cantando como siempre y tocando el violín, y arrastrando en su ensueño armonioso a su querida protectora, que parecía no vivir más que de música. El joven se había ido al azar a Perrós y del mismo modo entró en la casa habitada en otro tiempo por su amiga. Lo primero que vió fué al anciano Daé, que se levantó de su asiento con lágrimas en los ojos y le abrazó, diciéndole que habían conservado de él un fiel recuerdo. La verdad era que no había pasado día sin que Cristina hablase de Raúl. Estaba aún hablando el viejo cuando se abrió la puerta y entró

la joven, presurosa y encantadora, llevando en una bandeja el humeante té. Cristina reconoció a Raúl y dejó la bandeja. Su lindo semblante se animó con una ligera llama y se quedó vacilante y callada. El padre los miraba a los dos, y Raúl se acercó a la muchacha y le dio un beso, que ella no evitó. Hízole Cristina unas cuantas preguntas, cumplió lindamente sus deberes de dueña de casa, volvió a coger la bandeja y salió de la habitación, para ir a refugiarse en un banco en la soledad del jardín. Experimentaba sentimientos que se agitaban por primera vez en su corazón adolescente. Raúl fué a reunirse con ella y hablaron hasta la tarde con una gran cordedad. Estaban enteramente cambiados y no reconocían a sus personajes, que parecían haber adquirido una considerable importancia. Estuvieron prudentes como diplomáticos y se contaron cosas que no tenían nada que ver con sus sentimientos nacientes. Cuando se separaron en la orilla del camino, Raúl dijo a Cristina depositando un correcto beso en su temblorosa mano: «¡Señorita, no olvidaré a usted jamás!» Y se marchó arrepintiéndose de estas palabras atrevidas, pues sabía bien que Cristina Daé no podía ser mujer del vizconde de Chagny.

En cuanto a Cristina, se fué a ver a su padre y le dijo: «¿No te parece que Raúl no está tan amable como otras veces? ¡Ya no le quiero!» Y trató de no pensar más en él. Como no lo lograba sino difícilmente, se refugió en su arte, que la ocupó todos los instantes. Sus progresos iban siendo maravillosos, y los que la escuchaban le predecían que iba a ser la primera artista del mundo. Pero, en esto, murió su padre, y en aquel momento pareció que Cristina había perdido con él la voz, el alma y el genio. Quedó, sin embargo, de todo esto lo absolutamente preciso para entrar en el Conservatorio. No se distinguió en modo alguno, asistió a las clases sin entusiasmo y obtuvo un premio para complacer a la viuda de Valerius, con la que seguía viviendo. La primera vez que Raúl volvió a ver a Cristina en la Opera, le dejó encantado por su belleza y por la evocación de las dulces imágenes de otro tiempo; pero se quedó asombrado del lado negativo de su arte. Parecía despegada de todo. Volvió a oír, la siguió por el escenario, la esperó detrás de un bastidor y trató de llamar su atención. Más de una vez la acompañó hasta la puerta de su cuarto, pero ella no le veía; parecía, por lo demás, que no veía a nadie. Era la indiferencia que pasaba. Raúl sufría, porque era hermosa, él tímido y no se atrevía a confesarse que la amaba. Después, en la noche de la función de gala, aquello había sido un rayo. Desgarrados los cielos, una voz de ángel se dejaba oír en la tierra para encanto de los hombres y para el mayor daño de su corazón...

Después..., después había habido aquella voz de hombre detrás de la puerta: «Tiene usted que amarme», y nadie en el cuarto...

¿Por qué se había reído cuando le dijo: «Soy el niño que recogió en el mar su pañoleta»? ¿Por qué no le había reconocido? ¿Y por qué le había escrito?

¡Oh, qué larga es esta cuesta!.. Aquí está el crucifijo de los tres caminos... Aquí, la landa desierta, los campos helados, el paisaje inmóvil bajo el cielo blanco. Los vidrios resuenan y le rompen los oídos... ¡Qué ruido hace esta diligencia que avanza tan poco! Raúl reconoce las cabañas, los cercados y los árboles del camino... He aquí el último recodo de la carretera; después bajaremos y se verá el mar, la gran bahía de Perrós...

De modo que ha ido a parar a la posada del Sol Poniente... ¡Pardiez! No hay otra... Y además se está allí muy bien. Raúl recuerda que en otros tiempos se contaban allí muy bellas historias. ¡Cómo late su corazón! ¿Qué va a decir Cristina al verle?

La primera persona que ve Raúl al entrar en la sala ahumada del mesón, es la vieja Tricard, que le reconoce, le hace mil cumplimientos y le pregunta qué le lleva por allí. Raúl dice que ha ido para negocios a Lannion y que se ha llegado hasta allí para darle los buenos días. La mujer quiere servirle de almorzar, pero él responde: «Dentro de un momento.» Parece que espera algo a alguien. Está en pie. No se ha engañado. ¡Es ella! Quiere hablar y se queda callado. La joven está delante de él sonriente y nada extrañada. Su cara está sonrosada y fresca como una fresa nacida en la sombra. Sin duda está la joven agitada por una marcha rápida, pues su seno, que encierra un corazón sincero, se levanta suavemente. Sus ojos, claros espejos de azul pálido, del color de los lagos que sueñan inmóviles allá, hacia el Norte del mundo, llevan a Raúl tranquilamente el reflejo del alma cándida de Cristina. Su abrigo de pieles está abierto sobre un talle flexible en la línea armoniosa de su joven cuerpo lleno de gracia. Raúl y Cristina se miran largamente, mientras la Tricard sonríe y desaparece discreta. Por fin habla Cristina:

—Ha venido usted, no lo extraño. Tenía el sentimiento de que le encontraría aquí, en esta posada, al volver de misa. *Alguien* me lo ha dicho. Sí, se me había anunciado su llegada.

—¿Quién?, pregunta Raúl tomando en sus manos la manita de Cristina, que ella no retira.

—Mi pobre padre, que está muerto.

Hay un rato de silencio entre los dos jóvenes, y después dice Raúl:

—¿Le ha dicho a usted su padre que la amo, Cristina, y que no puedo vivir sin usted?

Cristina se ruboriza hasta los cabellos, vuelve la cabeza y dice con voz temblorosa:

—¿A mí? Está usted loco, amigo mío.

Y se echa a reír para hacer algo.

—No se ría usted, Cristina; lo digo muy en serio. Y la joven replica muy grave:

—No le he hecho a usted venir para que me diga cosas semejantes.

—Usted me «ha hecho venir», Cristina; ha adivinado usted que su carta no me dejaría indiferente y que acudiría a Perrós. ¿Cómo ha podido usted creer eso si no pensaba que la amo?

—He pensado que se acordaría usted de los juegos de nuestra infancia a los que tantas veces se asociaba mi padre. En realidad, no sé bien lo que he pensado... Acaso he hecho mal en escribir a usted... Este aniversario y la aparición repentina de usted en mi cuarto, la otra noche, me habían llevado lejos, muy lejos en el pasado, y he escrito a usted como una niña que era entonces, como una niña que juega y que se alegraría de ver, en un momento de duelo y de soledad, al camarada de su niñez...

Por un instante guardaron silencio. Hay en la actitud de Cristina algo que Raúl no encuentra natural, sin que le sea posible precisar su pensamiento. Sin embargo, no la siente hostil, lejos de eso. La ternura desolada de sus ojos le informa suficientemente. ¿Pero por qué esa ternura es desolada?.. Esto es lo que haría falta saber y lo que irrita ya al joven.

—Cuando se encontró usted conmigo en su cuarto, ¿era la primera vez que usted me veía, Cristina? No sabe ésta mentir y dice:

—No, le había a usted visto muchas veces en el palco de su hermano. Y también en el escenario.

—¡Lo suponía!, dice Raúl mordiendo los labios. ¿Por qué, entonces, cuando me vió usted en su cuarto, a sus pies y haciéndole recordar que yo había recogido su pañoleta en el mar, me respondió como si no me conociese y se echó usted a reír?

El tono de estas preguntas es tan rudo, que Cristina mira a Raúl asombrada y no le responde. El joven está él mismo estupefacto de aquella querella repentina que se atreve a suscitar en el momento mismo en que se había prometido hacer oír a Cristina palabras de dulzura, de amor y de sumisión. Un marido, un amante que tiene todos los derechos, no hablarían de otro modo a su mujer o a su amada que los hubieran ofendido. Irrítase el joven por sus errores, y juzgándose estúpido, no encuentra otra salida para aquella ridícula situación que la decisión huraña que toma de mostrarse odioso.

—¿No me responde usted?, dice rabioso y desgraciado. Pues bien: yo voy a responder por usted. Fué porque había alguien en el cuarto que la estorbaba, Cristina; alguien al que no quería usted hacer ver que podía interesarse por nadie más que por él...

—Si alguien me estorbaba aquella noche, amigo mío, debía de ser usted, puesto que a usted fué a quien puse en la puerta, respondió Cristina en un tono helado.

—Sí, para quedarse con el otro...

—¿Qué dice usted, caballero?, responde la joven anhelosa. ¿De qué otro se trata?

—De aquel a quien usted dijo: «No canto más que para usted. Le he dado mi alma esta noche, y estoy muerta.»

Cristina coge el brazo a Raúl y se lo aprieta con una fuerza que no se hubiera sospechado en aquel ser tan frágil.

—¿Escuchaba usted, entonces, detrás de la puerta?

—Sí, porque amo a usted... Y lo oí todo...

—¿Qué es lo que usted oyó?

Y la joven, vuelta extrañamente a la calma, suelta el brazo de Raúl.

—Le oí a él, que dijo: «Es preciso amarme.»

Al oír estas palabras, una palidez cadavérica se extiende por la cara de Cristina, cuyos ojos pónense ojerosos... La joven vacila y va a caer. Raúl se precipita y extiende los brazos; pero ya Cristina ha dominado aquel desfallecimiento pasajero y dice en voz baja, casi expirante:

—¡Siga usted! ¡Siga usted! ¡Dígame todo lo que oyó!

Raúl la mira, titubea y no comprende nada de lo que pasa.

—¡Pero hable usted! ¡Bien está usted viendo que me hace morir!

—Oí también que él respondió a usted cuando le dijo que le había dado su alma: «*Tu alma es muy hermosa, hija mía, y te doy las gracias. No hay emperador que haya recibido semejante regalo. Los ángeles han llorado esta noche.*»

Cristina se lleva la mano al corazón y se fija en Raúl con una emoción indescriptible. Su mirada es tan aguda, tan fija, que parece la de una insensata. Raúl está espantado. Pero hete aquí que los ojos de Cristina se ponen húmedos y por sus mejillas de marfil se deslizan dos perlas, dos pesadas lágrimas...

—¡Cristina!..

—¡Raúl!..

Va el joven a tomarla en sus brazos, pero ella se le escabulle de entre las manos y echa a correr en un gran desorden.

Mientras Cristina estaba encerrada en su cuarto, hacíase Raúl mil reproches por su brutalidad; pero, por otra parte, los celos tomaban el galope por sus venas ardientes. Para que la joven hubiera mostrado tal emoción al saber que había sido sorprendido su secreto, era preciso que éste fuera de importancia. Ciertamente, Raúl, a pesar de lo que había oído, no dudaba de la pureza de Cristina. Sabía su reputación de virtud, y no era tan novicio que no supiera la necesidad en que se encuentra muchas veces una artista de escuchar palabras de amor. Era verdad que ella había respondido que había dado su alma, pero era evidente que no se trataba en todo esto más que de canto y de música. ¿Evidente? ¿Por qué, entonces, su emoción de hacía un momento? ¡Dios mío, qué desgraciado era Raúl! Si hubiera tenido al hombre, a la voz de hombre, le hubiera pedido explicaciones precisas.

¿Por qué había huído Cristina? ¿Por qué no bajaba?

Raúl no quiso almorzar. Estaba inconsolable y su dolor era grande al ver pasar, privado de la joven sueca, aquellas horas que él había esperado que serían tan dulces. ¿Por qué no venía a recorrer con él el país en que tantos recuerdos les eran comunes? ¿Y por qué, puesto que no tenía nada que hacer en Perrós, y en realidad no hacía nada, no tomaba en seguida el camino de París? Había sabido Raúl por la mañana que la joven había mandado decir una misa por el alma de Daé y que había pasado largas horas en oración en la iglesia y en la tumba del ministro.

Triste y desalentado, Raúl se fué hacia el cementerio que rodea a la iglesia, empujó la puerta y anduvo errante y solitario entre las tumbas, descifrando las inscripciones; pero cuando llegó a estar detrás del ábside, quedó en seguida enterado por la nota brillante de las flores que suspiraban en el granito del sepulcro y que rebosaban hasta la tierra blanca, embalsamando todo aquel rincón helado del invierno bretón. Eran unas milagrosas rosas rojas que parecían brotadas allí, aquella misma mañana, en la nieve. Era un poco de vida entre los muertos, porque la muerte estaba allí en todas partes y rebosaba también de la tierra, que había arrojado su exceso de cadáveres. Contra la pared de la iglesia había amontonados cráneos y esqueletos, sostenidos únicamente por una ligera red de alambre que dejaba al descubierto todo el fúnebre edificio. Las calaveras, amontonadas, alineadas como ladrillos y consolidadas en los intervalos por huesos limpiamente blanqueados, parecían formar el primer cimiento en que se habían edificado los muros de la sacristía. La puerta de esta sacristía se abría en medio de este osario, tal como se ve en muchas iglesias bretonas.

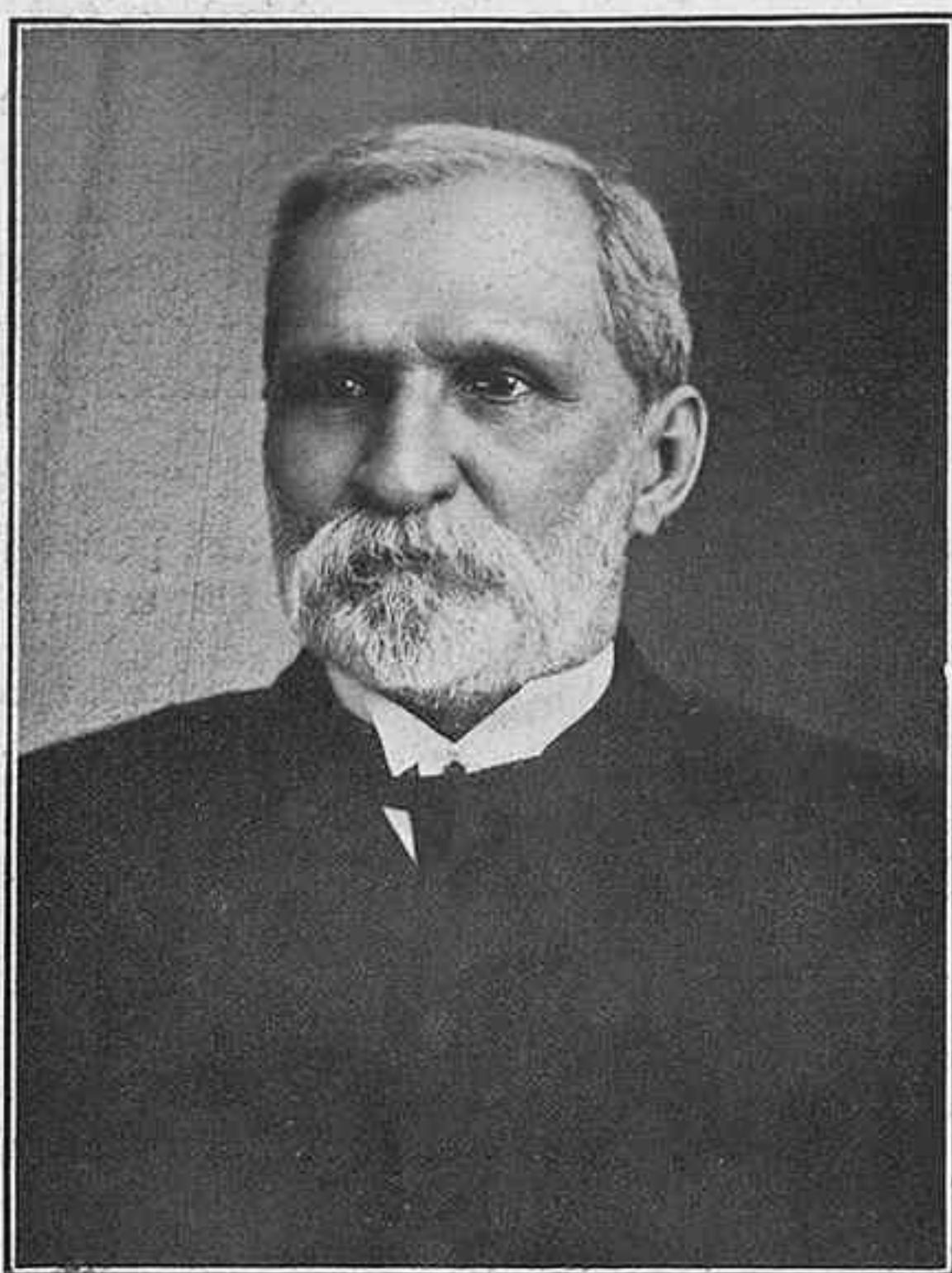
Raúl rezó por Daé, y después, lamentablemente impresionado por las sonrisas eternas que tienen las bocas de las calaveras, salió del cementerio, volvió a subir la cuesta y se sentó en la orilla de la landa que domina al mar. El viento corría malintencionadamente ladrando a la pobre y tímida claridad del día, y ésta cedió, huyó y pronto no fué más que una raya lívida en el horizonte. El viento, entonces, se calló. Era de noche y Raúl estaba envuelto en sombras glaciales, pero no sentía frío. Todo su pensamiento vagaba por la landa desierta y desolada, todo su recuerdo. Allí, en este mismo lugar, era adonde había venido tantas veces, a la caída de la tarde, con Cristina, a ver danzar los duendes, en el momento justo en que sale la luna. Por su parte, jamás los había visto, y sin embargo, tenía buenos ojos. Cristina, al contrario, que era un poco miope, sostenía haber visto muchos. Raúl sonrió al ocurrírsele esta idea, y después, de pronto, se estremeció. Una forma, una forma precisa, pero que se había acercado sin saber cómo y sin que lo advirtiese el menor ruido, una forma que estaba en pie a su lado, decía:

—¿Cree usted que los duendes vendrán esta noche?

(Se continuará.)

LAS RIQUEZAS NATURALES DEL PANAMÁ

La República de Panamá ocupa el estrecho istmo que conecta los continentes de Norte y Sud Améri-



D. José Domingo Obaldía,
presidente actual de la República de Panamá

ca. Esta porción de tierra cubre una superficie de 32.000 millas cuadradas, con una longitud de 430

tajas importantes. Ambas costas son fácilmente accesibles desde cualquier punto de la República, y toda su área podría ser abarcada por un ferrocarril con más facilidad y menos costo que la de cualquier otra parte del mundo. La proximidad de los océanos a todos los rincones de Panamá tiene el efecto de templar el clima y de hacerlo excepcionalmente uniforme. La estación de lluvias dura desde principios de mayo hasta fines de diciembre, pero durante los otros cuatro meses hay suficiente cantidad de humedad para conservar el verdor de la vegetación. La temperatura media es de 80° F., de la cual las fluctuaciones extremas no se apartan más de 10° en una u otra dirección. El clima, en lugar de ser riguroso, es tal que los americanos pueden trabajar con actividad y conservarse en perfecta salud.

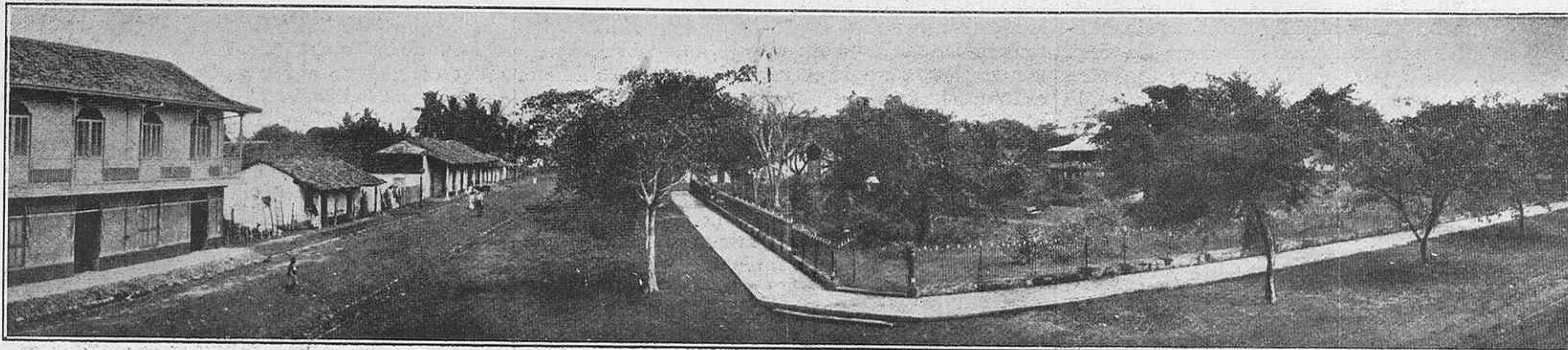
Una cordillera de montañas quebrada intersecta el istmo longitudinalmente. Dos de sus picos en la provincia de Chiriquí—El Volcán y Pico Blanco—alcanzan una altitud de más de 11.000 pies; 150 ríos se precipitan desde esta cordillera en el mar Caribe, y otros en número dos veces mayor en el Océano

entre 60 y 105 brazas. Charco Azul llegará a ser el puerto principal de Panamá al Oeste del Canal. Está situado en una sección del país en donde los primeros y más grandes desarrollos tendrán lugar, y es la única bahía navegable en cualquier marea. El tráfico de cabotaje que se originará con la apertura del Ca-



Sección del muelle de la ciudad de Panamá

nal tendrá necesidad de un puerto de estas condiciones y rehusará entrar en ríos que son navegables en marea alta únicamente, y en este caso por buques con ocho pies de calado a lo sumo. En la costa atlántica hay varias bahías buenas; pero, con la excepción de Bocas del Toro y Colón, ese lado del istmo

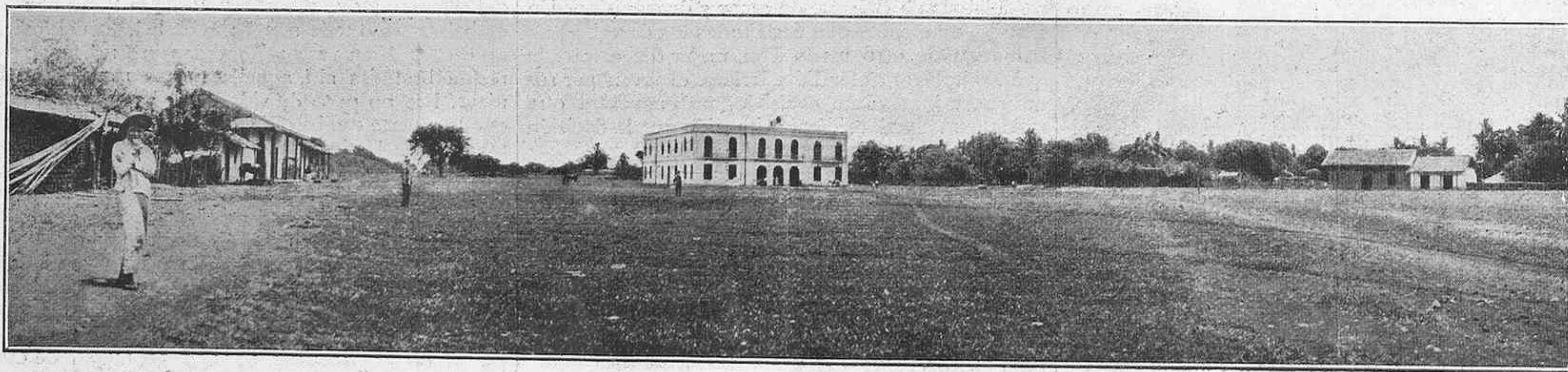


La plaza de David

millas y una latitud media de 70 millas. Sus fronteras interiores, que la separan de Costa Rica por un

Pacífico. Los puertos de éste están situados río adentro, circunstancia que origina prolongadas demoras

está sin explotar y promete pocas facilidades para su colonización.

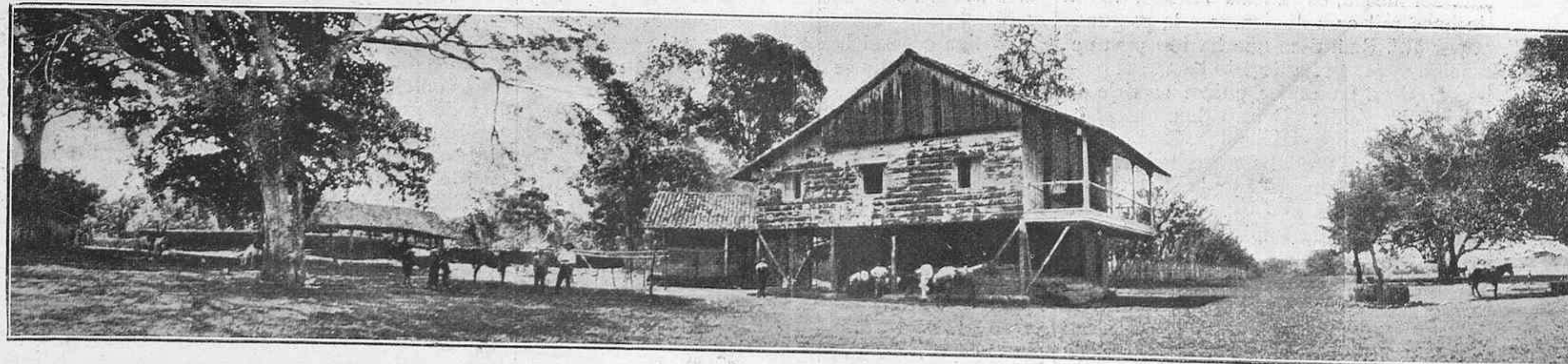


El nuevo edificio del Gobierno en David, provincia de Chiriquí

lado y de Colombia por otro, suman menos de 350 millas, en tanto que su línea costanera mide 1.245

en la entrada y salida de buques. Hay un punto en el litoral del Pacífico que se adapta admirablemente

La mayor parte del lado del Atlántico está cubierta por espesos bosques que se extienden hasta la



La hacienda del presidente Obaldía en David

millas, más de cuya mitad da al Océano Pacífico. La singular formación del territorio da al país dos ven-

para puerto de mar; es Charco Azul, cerca de la frontera costarricense. La profundidad de su bahía varía

playa y que encierran árboles de madera dura, siendo la maleza que crece alrededor de ellos tan densa

que esas selvas son casi impenetrables sin la ayuda del machete. Este territorio ofrece muy buenas oportunidades para el negocio de maderas, pero ninguna empresa podría prosperar a menos que dispusiera de gran capital. Mientras estos bosques no sean desmontados, la faja atlántica permanecerá inhabitada.

Del territorio de San Blas, al Este de la zona del Canal, se puede decir que es *terra incógnita*, puesto que los indios que la habitan fueron siempre enemigos del blanco y España no pudo subyugarlos completamente. Reconocen la soberanía del Gobierno Panameño y consultan con el presidente sobre la elección de su jefe; en los demás aspectos se gobiernan por sí solos. Con la excepción de bajar a Colón para obtener sal y otros artículos de primera necesidad, no sostienen comunicación con el mundo exterior.

La región de Darien es selvática e inhabitada, con la excepción de algunos indios. Encierra la mayor cantidad de árboles de goma silvestre que hay en el istmo, pero en otros aspectos promete menos que el territorio al Oeste de la zona del Canal. Un sindicato inglés se halla explotando una gran extensión de terrenos de goma, la calidad de cuyo producto es excelente. Otra parcela grande es la explotada por una compañía americana, situada en Punta Mariano. Otra compañía radicada en Las Cascaídas tiene plantaciones de goma en las que cultiva la planta sistemáticamente. El árbol de goma de la especie *Castilloa* crece en todas partes del país.

Son numerosas las corrientes de agua que podrían aprovecharse para la generación de fuerza motriz. En los alrededores de David podría sacarse mucho partido de esa ventaja con métodos sencillos y nada costosos. Con la fuerza que se generara podrían hacerse funcionar lucrativamente aserradoras mecánicas, fábricas de cuero, destilerías, refinerías de azúcar, etc., además de abastecer fluido eléctrico a la ciudad.

Aparte del de bananos, casi todo el transporte de mercancías en el interior se realiza en carretones tirados por bueyes, ó en animales de carga, que las llevan a los puertos de la costa. Después de Bocas del Toro—el depósito de la *United Fruit Company*—David es el principal punto de exportación. Remedios, Sona y Aguadulce tienen también bastante tráfico de exportación. La ciudad de David tiene una población de unos 5.000 habitantes y crece rápidamente; está situada a cinco millas de la costa y tres de Pedregal, un puerto de río, que es en donde se embarcan los productos de aquella. Hay en la ciudad varios establecimientos industriales, tales como fábricas de cuero, destilerías, molinos de café, etc. Dos líneas de vapores mantienen un servicio regular entre Panamá y David, to-

cando en puntos intermedios con la frecuencia necesaria para atender a las necesidades del tráfico. Hay además otros buques de carga y pasaje que viajan entre uno y otro punto.

La región situada al Sur de la cordillera y al Oeste de la zona del Canal, está más explotada y adelan-

agrícola, cuenta con menos de 100.000 habitantes. Los indios del país no sirven como obreros, y sólo hay una pequeña proporción de panameños disponibles como mozos de labranza. Debe fomentarse la introducción del mayor número posible de inmigrantes. Hay en la actualidad millares de robustos espa-

ñoles é italianos que después que se termine la obra del Canal serán licenciados. Es probable que muchos de ellos tendrán gusto de quedarse en el país y comprar terrenos. Son excelentes agricultores y constituirán un magnífico elemento nuevo en la población.

En ninguna parte del mundo hay suelo más fértil que el de Panamá, particularmente el de la sección del Pacífico, en la provincia de Chiriquí, que está admirablemente adaptado para la agricultura. Los terrenos que rodean el pueblo de David son también muy adecuados para el cultivo.

La ganadería es el único ramo de la agricultura al que los naturales han dedicado atención preferente. A fuerza de continuados esfuerzos y cuidadosa selección por espacio de varios años, se ha conseguido producir una excelente raza de ganado vacuno. La cría de caballos no es tan lucrativa como pudiera ser. El caballo del país no es muy grande, pero sí resistente.

Por toda esta región del Pacífico, la tierra de la superficie tiene seis ó más pies de profundidad y es sumamente fértil. Esa extremada fertilidad es la razón por que se da tan poca atención al cultivo. La caña dulce, por ejemplo, se ha cosechado continua-

mente por espacio de quince años en un mismo terreno sin necesidad de ser plantada de nuevo, rindiendo cada caña 18 ó más libras de azúcar. En Chiriquí hay parcelas en donde el maíz ha brotado continuamente por espacio de veinte años sin recibir cuidado alguno, y patatas de calidad excelente se recogen de terrenos sembrados hace catorce años. El tabaco crece sin ayuda alguna. Por toda la región del Pacífico el café es silvestre y crece sin necesidad de cultivo. Sólo en el Valle Boquete, en la falda Sur del Volcán, se cultiva esta planta sistemáticamente. Se produce también el cacao, que crece con poco cuidado; pero casi nada se ha hecho por desarrollar el cultivo de tan valioso producto. En Chiriquí crece con abundancia un algodón de fibra corta, y se encuentran en estado silvestre varias plantas fibrosas.

Si bien se ha creído siempre que la región de San Blas encierra metales preciosos—creencia que ha sido recientemente confirmada por el informe de una expedición científica,—por la falta absoluta de datos completos sería aventurado emitir una opinión sobre las riquezas minerales de Panamá.

(Publicado con autorización del Boletín de la Oficina internacional de las Repúblicas americanas.)



Atravesando las savanas de la provincia de Chiriquí

Los alambres del telégrafo indican el camino por una distancia de más de 100 millas



Antigua aserradora hidráulica en la provincia de Chiriquí

considerablemente a fin de que las espléndidas riquezas de esta región puedan ser explotadas adecuadamente. La escasez de habitantes es el principal obstáculo con que tropieza el país, cuya población total sólo asciende a 300.000 almas, de las que quizás una mitad está esparcida en el interior. Chiriquí, la provincia más rica é importante desde el punto de vista

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 16, rue de l'Echiquier, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.**
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DEL CENTENARIO

BAJO EL PATROCINIO DE LA "LIGA DE ALMACENEROS Y ANEXOS"

BUENOS AIRES

OFICINAS

SUS AGENTES EN BUENOS AIRES
ANTONIO COTS
CALLE ARGENTINA, 101 (Frente Santa Ana)

Con motivo del primer centenario de la independencia de la nación argentina, se celebrarán en Buenos Aires varias e importantísimas exposiciones. Una de las más interesantes será, sin duda, la patrocinada por la «Liga de Almaceneros y Anexos»; tendrá el carácter de universal, se inaugurará el día 25 de mayo, durará seis meses y comprenderá los grupos siguientes: Industrias alimenticias y de consumo, Droguería general y productos químicos, Medicina, Cirugía, Productos veterinarios, Higiene en general, Asistencia pública de primeros auxilios, Iluminación y calefacción de los establecimientos públicos e industriales, Industrias de las fibras textiles, Vestidos y accesorios, Perfumería, Alhajas y similares, Fotografía e instrumentos de precisión, Instrumentos de música, Papelería y Artes gráficas, Alumbrado, calefacción y ventilación, Cristal, vidrio y cerámica, Tabacos, cigarrería y accesorios, Economía social e industrial, Previsión y seguro, Plantas aromáticas pseudo-alimenticias, Construcción de la habitación, Instrucción pública, Electricidad,

Muebles en general, Billares y sus accesorios, Camas de hierro y anexas, Colchonería en general, Juguetería en general, Muestrarios de letras en relieve y sus análogos, Piscicultura, Productos de la tintorería, Industrias varias no incluidas en los grupos anteriores, como cuchillería, armería, ferretería, etc.

La enunciación de estos grupos basta por sí sola para demostrar la importancia de esa Exposición Universal, cuya iniciativa se debe al esfuerzo particular de uno de los principales gremios y que se efectuará sin subvención alguna de la Comisión del Centenario ni de los Poderes públicos, pero con el decidido apoyo de los ministros del Poder ejecutivo, de los ministros diplomáticos del extranjero y de varias Cámaras y Bolsas de Comercio. Todas estas entidades patrocinan con entusiasmo la Exposición, que será la manifestación más elevada del trabajo, de la riqueza y del adelanto político, social y económico de todo el mundo.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

**ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE**
Escrófulas, etc.

**PILULES
de BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO
EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.
Todas Farmacias.

**AVISO A
LAS SEÑORAS**

EL APIOL DE LOS
JORET-HONOLLE

CURA
LOS DOLORS, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ra} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DR. MONTANER Y SIMÓN